

CRISTIANDAD

Año XXXI - NUMERO 521

BARCELONA

JULIO 1974

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



SUMARIO

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS, DOCTOR DE LA IGLESIA
F. C. V.

SANTA TERESITA DE LISIEUX - FE ESPERANZA Y CARIDAD
Card. Gabriel M.^a Garrone

LA ESPIRITUALIDAD DEL APOSTOLADO DE LA ORACION Y EL AÑO SANTO
Gerardo Manresa Presas

JORNADA DEL APOSTOLADO DE LA ORACION DE LA DIOCESIS DE BARCELONA PARA LUCRAR EL JUBILEO DEL AÑO SANTO

CARTA DEL CARDENAL ARZOBISPO DE BARCELONA AL PROMOTOR DIOCESANO DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

FRAGMENTOS DE LA HOMILIA DEL DR. FRANCISCO MUÑOZ ALARCON, Y DEL ESCRITO PRESENTADO AL CARDENAL ARZOBISPO POR EL P. CASIMIRO PUIG, S. I.

SENTIR CON LA IGLESIA
Roberto Cayuela, S. I.

¿QUISO EL PADRE LA PASION Y MUERTE DE CRISTO?
Fray Antonio de Lugo, O. S. H.

CATOLICISMO DE MASAS
Cardenal Danielú, S. I.

LA FORMACION EN EL SEMINARIO, HOY
Juan Roig Gironella, S. I.

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º-(10)
Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS DOCTOR DE LA IGLESIA

“La santa más grande de los tiempos modernos”, según sentía el Papa Pío XI. Santa Teresa de Lisieux, un mensaje viviente de Dios, la estrella de su pontificado.

“No es un Doctor de la Iglesia... al menos por ahora”, ha escrito ciertamente el Cardenal Garrone. Después de hablar así en su obra “TERESA DE LISIEUX ESPERIENZA E MESSAGGIO” termina por decir: “Es bueno que nos demos cuenta del modo en que nos enseña este joven Doctor”.

La idea se va abriendo paso; y sólo es desconcertante si dejamos deformar por malentendidos, cavilaciones o prejuicios de un pseudocristianismo mundano, nuestro concepto sobre la misión y el carisma de los “Doctores” que hacen brillar ante el pueblo de Dios la luz de Cristo.

El espíritu de Dios da a los Doctores que suscita en su Iglesia el don de “dar testimonio de la Verdad”. Son instrumento, diverso y accidental, providencialmente puesto al servicio del mensaje evangélico, el genio metafísico de un San Anselmo o Santo Tomás de Aquino, la elocuencia de San Juan Crisóstomo o el aliento lírico de San Efrén de Siria. Los Doctores no enseñan su doctrina ni se predicán a sí mismos, sino que anuncian a Cristo.

“Es el Evangelio, el corazón mismo del Evangelio que ella ha vuelto a encontrar” decía Pío XII de Santa Teresita del Niño Jesús. Para los fines del Año Santo, para la renovación de la vida cristiana y la reconciliación de los hombres en Cristo, para el conocimiento de la voluntad de Dios para la Iglesia de nuestro tiempo, según una comprensión sincera y fiel del Concilio Vaticano II, parece de la máxima congruencia y oportunidad el mensaje de la sencillez del “hacerse niños”, alcanzado así la medida de la plenitud de Cristo, y la confianza de hijos en el amor paterno y misericordioso de Dios.

Una vez más queremos comunicar a todos quienes lean estas palabras, en cualquier país y continente a que alcancen a llegar, sacerdotes, religiosos o pastores de la Iglesia, el deseo confiado de que Santa Teresita del Niño Jesús sea declarada DOCTOR DE LA IGLESIA.

¿Será éste un don de Dios, en el año Santo de 1975?

F. C. V.

SANTA TERESITA FE ESPERANZA Y CARIDAD

Fragmentos de la obra "Teresa de Lisieux - Experiencia y mensaje" del Cardenal Gabriel M.^a Garrone.

Santa Teresa de Lisieux no es un doctor de la Iglesia... por lo menos no lo es todavía.

Pero si se busca un buen testimonio de la fe de la Iglesia se puede ciertamente, alentados por la misma Iglesia, recurrir al ejemplo de Santa Teresa. Ella no ha pretendido ofrecer otra cosa que una experiencia, pero ¡qué ejemplo! No el de una virtud "sofisticada": muy al contrario, el de una debilidad que se reconoce y se supera en virtud de la gracia.

Y esto, que es lo esencial, Teresa lo ha vivido. Y también lo ha dicho en su deseo de ayudar a aquellas almas de buena voluntad a las que su miseria o también la falsa perspectiva de una santidad "gloriosa" podría desanimar.

El tiempo oscuro en que vivimos nos invita, pues, a interrogar a Santa Teresa sobre su fe. El nuestro, es también un tiempo de desesperación, latente o confesada: ¿Por qué no interrogarla sobre su esperanza? Ella puede decirnos lo que ha vivido, y su testimonio tiene para nosotros más valor que los discursos de los doctores. Mas todavía: nosotros ya sabemos que su testimonio "aproxima" y une las almas. Que ventaja, en este tiempo en que con razón o sin ella, a tiempo o a destiempo se plantea el problema del lenguaje en la comunicación de la fe.

Por nuestra parte no nos causa sorpresa. El testimonio de Sta. Teresa que nos une a nosotros y puede unir a otros no tiene en modo alguno la pretensión de aportarnos otra cosa que el pensamiento mismo de la Iglesia. Su fe es la fe común. Ella nos ha hecho encontrar el contenido que conocíamos y que habíamos abandonado. Nos hemos sorprendido al ver que esta fe común nutre una esperanza de una calidad y vigor excepcional. Buscábamos en otra parte lo que teníamos en nuestra mano, como el viajante de Chesterton: había abandonado su patria, no encontraba aquello que deseaba, y, al final de un largo viaje, descubre finalmente la tierra de sus sueños para establecerse, y se da cuenta de que sencillamente ha vuelto al punto de partida.

Si la experiencia de la fe y de la esperanza de Santa Teresa nos provoca y nos interpela, es en este sentido. Ella no nos enseñará "alguna cosa": una idea nueva, un medio inédito, alguna receta indú o japonesa cuyo secreto impulse al Espíritu Santo hacia favores carismáticos... No se trata, en realidad, para nosotros, de aprender, sino de reaprender. Debemos volver, con un alma nueva y sencilla, pero volver de veras, a la maravillosa verdad que nos debe hacer vivir y a la cual estamos incesantemente tentados de buscarle substitutos engañosos e ilusorios. "Señor, ¿es así de sencillo, pues, amaros?", así terminaba, hace medio siglo, el libro en el que el nieto de Renan trazaba el itinerario de su retorno al Dios del que había renegado su abuelo. El itinerario seguido por Santa Teresa y que nos invita a reemprender con ella es más corto pero desemboca en el mismo punto, y este punto puede resumirse en las mismas palabras.

* * *

¿Su fe?

Vale la pena de repetir que sobre este punto Santa Teresita no es para nosotros una extraña. Como el Salvador ha querido conocer por experiencia lo que nosotros vivimos y llegar a ser "igual en todo menos en el pecado" (Hbr. 5, 15), como Él, se ha "rodeado de debilidad" (ibid. 5, 3), Santa Teresita ha querido unir los pecadores en el más duro y el más sórdido de sus males para ayudarles a salir de él. Habiendo un día descubierto con trágico estupor la existencia de la incredulidad, lo arriesgó locamente todo para salvar a los incrédulos. Es preciso releer esta página cuya terrible, belleza para medir su heroica generosidad, exigiría almas más puras que las nuestras:

"... Gozaba entonces de una fe tan viva, tan clara, que el pensamiento del cielo formaba toda mi felicidad; no podía creer que podían existir impíos que no tuvieran fe. Creía que hablaban contra su mismo

pensamiento al negar la existencia del cielo, del hermoso cielo donde Dios querría ser su recompensa eterna. En el gozoso día de Pascua, Jesús me ha hecho sentir que existen en verdad almas sin fe, que por abuso de la gracia han perdido este tesoro inmenso, manantial del sólo gozo puro y verdadero. Ha permitido que mi alma fuese invadida por las tinieblas más densas, y que el pensamiento del Cielo, dulcísimo para mí, no fuese más que lucha y tormento... Esta prueba no debía durar algunos días, ni algunas semanas; terminará solamente en la hora señalada por Dios misericordioso, y..., esta hora no ha llegado todavía. Querría expresar lo que pienso, pero creo que es imposible. Es preciso haber viajado bajo este túnel tenebroso para captar su obscuridad..." (Escritos n.º 276).

"... Pero, Señor, vuestra hija ha captado vuestra luz divina, os pide perdón para sus hermanos, acepta nutrirse por cuanto tiempo queráis de este pan doloroso y no quiere levantarse de esta mesa que colma de amargura en la que comen los pobres pecadores, antes del día que vos habéis señalado. Pero también osa deciros en nombre propio y de sus hermanos: *"Tened piedad de nosotros, Señor, porque somos pobres pecadores"*. ¡Oh Señor, mandadlos justificados... que todos aquéllos que no están iluminados por la llama límpida de la fe la vean finalmente brillar! Jesús, si es necesario que la mesa manchada por ellos sea purificada por un alma que Vos amáis, quiero de buena gana comer yo sola el pan de la prueba hasta que os plazca introducirme en vuestro reino luminoso. La sola gracia que os pido, es la de no ofenderos jamás" (n.º 277).

Y ciertamente, esto no significa que ella quiera renunciar a su fe para ayudar a estos infelices. ¿Ciertamente está bien lejos de lo que se dice hoy? que no se teme afirmar que la curación de los incrédulos debe conducir a alcanzarlos en su incredulidad, y también que no se puede creer verdaderamente si no se ha hecho una prueba en el infierno del ateísmo. Santa Teresita ignora estos razonamientos absurdos. Lo que ella quiere es que "el pecador se convierta y via" (Ez. 33, 11); que el incrédulo salga de su noche y consiga la luz. Tal como Jesús, que no se hizo pecador para liberarnos del pecado —lo que sería contradictorio—, Teresita no se ha juntado a los incrédulos en su incredulidad.

Se ha llegado a ellos con su sufrimiento para ayudarles a liberarse. Es a fuerza de fe, y no renunciando a la fe, que les será útil. Al aceptar creer más firmemente que nunca en medio de la noche, así es como se llega a ellos. Si hubiese consentido en no creer les habría sido inútil; la ayuda se la da impul-

sando su fe hasta el límite del valor y la fidelidad, en la ausencia total de socorros humanos; de los apoyos de paz, de luz, de gozo que la fe trae naturalmente consigo. Éstos, después de todo, no son más que ayudas externas y su ausencia pide a la fe sencillamente tender cada vez con más firmeza hasta los límites de su resistencia. Dios tomó a la letra la temeraria oración de su hija y le permitió llegar a ser, a fuerza de fe cada vez más pura y generosa, la cooperadora de su redención al servicio de los pecadores.

Estos hechos son evidentemente fundamentales. Cuando se alejan, el mensaje de Teresita se desvanece.

Esto nos lleva directamente a preguntarnos ¿qué cosa es esta fe de la cual Dios quiere servirse, probándola, para ayudarnos a nosotros a conservar o encontrar de nuevo la nuestra? Nuestro descubrimiento será el del redescubrimiento. Pero este título es infinitamente precioso. Será un retorno a la verdad, más allá de las extravagantes imaginaciones con que voluntariamente se nutre hoy una literatura cuya calidad teológica no está ciertamente a la altura de su generosidad.

En primerísimo lugar es preciso reconocer que la fe de Santa Teresita tiene un contenido preciso ¡Qué pronto se está hoy a olvidar que la fe vaciada de su contenido ya no es fe!

La fe común es ésta.

¡Es tal como aparece en Santa Teresita en toda su admirable y auténtica pureza! ¡Que espectáculo el de esta voluntad más fuerte que los embates del demonio, más fuerte que la noche exasperante donde se han enterrado las dulces y consoladoras evidencias! Pero el eje de su fe no se ha movido. Ella sabe lo que debe creer. Ella quiere creerlo y, si no puede escucharlo sin un estremecimiento interior, el eco de esta alma recta durante el huracán es inflexible a pesar de la impotencia física a que la ha reducido la enfermedad.

"Cuando canto la felicidad del cielo, la posesión eterna de Dios, no encuentro goce alguno, porque canto sencillamente lo que quiero creer."

"¡Si el martirio que yo sufro se revelase a las miradas! No hay palabras para explicar estas cosas y yo quedaré siempre muy por debajo de la realidad."

"Yo creo que Dios quiere ver hasta dónde me impulsa mi esperanza."

¡Cuántas almas deben a esta heroica resistencia de Santa Teresita la gracia de haber podido superar su prueba y descubrir la verdad! ¡Cuántas todavía podrán venir a buscar junto a esta alma hermana, en esta amistad que se ofrece, el sentido exacto de su prueba y la forma de responder!

* * *

Hemos hablado expresamente de la fe. Hablemos de la esperanza.

Es muy poco decir que entre nosotros la esperanza es vacilante. Por todas parte se hace un poco de "teología" pero es la señal que prueba su necesidad. Todo nos desconcierta en la evolución de las cosas. Los hombres están llenos de pavor ante la técnica que ellos mismos han desencadenado y que les arrastra. No solamente no se arriesgan a contener las fuerzas de que hoy disponen y los intereses y avidez de todo género que disfrutan sin vergüenza, sino que poco a poco el universo material se les impone con tal fuerza que la realidad invisible acaba por perder toda consistencia: el hombre busca construirse a toda costa un ideal meramente humano que huye incesantemente ante él. Las guerras atroces, las divisiones sociales, no sólo no desaparecen sino que se atropellan para volverse a encender más crueles, alimentadas por los mismos que buscan eliminarlas.

Sin duda este ideal humano puede y debe ser buscado. El cristiano que no se asociase a esta búsqueda faltaría a un deber que la Iglesia hoy le recuerda con premiosa insistencia. Pero ¿quién puede seriamente adherirse a la idea de una sociedad humana perfecta que debería realizarse aquí abajo? Desearla es un deber, pero no puede satisfacerse. La fe nos propone, en el más allá una auténtica esperanza sobre la que no cabe ninguna duda, porque esta esperanza forma parte del contenido de la fe. San Pablo la ha expuesto en términos decisivos cuando define la fe como consistente en "dar a la esperanza su contenido". Y es sobre esta vida eterna a la que nos conducen las revelaciones de Dios. Es a esto a lo que asentimos cuando llegamos a creer. Una fe sin esperanza es un verdadero contrasentido.

La esperanza recibe de la fe su objeto, un objeto de firmeza singular. Y no una vaga aspiración hacia un ideal, compensación imaginaria por un bien que se rechazaría en el presente. Una tal esperanza puede sostener a espíritus poco rigurosos y para el corazón de los cuales la verdad no es una condición necesaria para la acción. Santa Teresita no tenía gusto por las ilusiones. Ha dicho a este respecto palabras de fuerza poco común que no permiten equivocarse sobre sus disposiciones más íntimas:

"¿Mis inmensos deseos no son un sueño, una locura? ¡Ah si así fuese, Jesús, ilumíname. Tú lo sabes, yo busco la verdad: si mis deseos son temerarios, haz que se desvanezcan..." (n. 259).

"Dios prefiere dejarme en las tinieblas más bien que darme luces falsas" (Cf. Carta 50 p. 462).

Su lealtad absoluta y su temperamento no se acomodarían nunca a un sueño. Algo hay que la sostiene por encima de este período mortal. Tal vez su esperanza, lejos de ser un reposo y una especie de sueño, es una exigencia de acción, una llamada al servicio, en una palabra, una fuerza de caridad.

¿Qué es en efecto el cielo que le espera? Se enmudece de asombro al ver la riqueza de enseñanza contenida en este punto de sus escritos. Toda su vida, desde la primera infancia, se dirigía hacia el cielo. La "Historia de un alma", toda la correspondencia, tan abundante en datos, converge hacia descubrir un admirable programa de caridad. El cielo de Teresita está infinitamente lejano del pobre, pasivamente egoísta, que es, por otra parte, el más común. El cielo para ella es, sin duda, el encuentro con Jesús y con el Padre, mas es también, y de modo inseparable, su encuentro con las almas santas. No es simplemente el goce de una gloria merecida y de un amor compartido, es la posibilidad de contribuir activamente a la salvación de las almas: "Yo desearé en el cielo lo mismo que he deseado en la tierra: amar y hacerlo amar" (Carta 186). "Confío no estar inactiva en el cielo; mi deseo es continuar trabajando aún por la Iglesia y las almas... si yo dejo el campo de batalla, no lo hago por el deseo egoísta de descansar..." (Carta 225). "La sola cosa que yo deseo es hacer amar a Dios, y confieso que si en el cielo no pudiese trabajar a tal fin, desearía más bien el exilio que la patria".

Se piensa inmediatamente que una tal esperanza determina en el presente una dedicación apasionada al servicio de los otros. No nos prepara el cielo cruzándose de brazos. ¿Qué sería una esperanza que no generase una dedicación? Así es como ella la había trabajado. Teresita no es de aquellos en que la esperanza de otra vida mal definida y mal entendida se desentiende de expansionarse y luchar en el presente. Su lección no es una lección de pereza y de egoísmo: se la puede seguir sin ruborizarse.

* * *

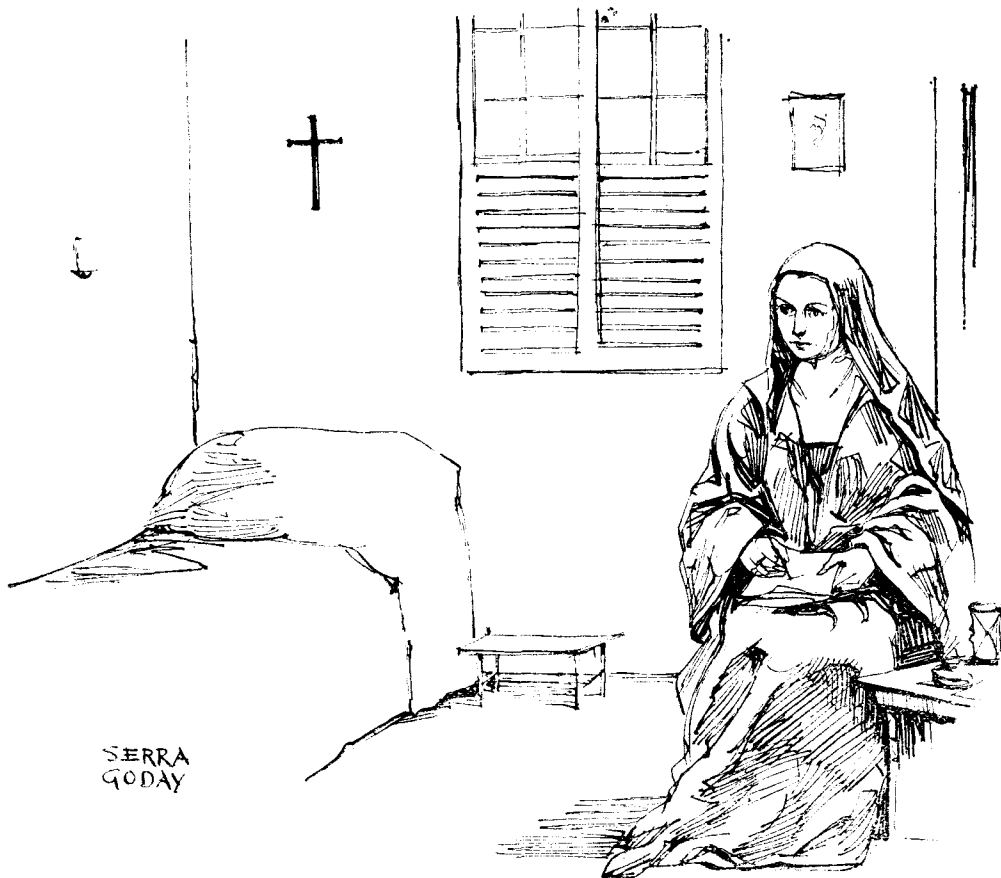
Tales son la fe y la esperanza de las que Santa Teresita nos da ejemplo y pide que la sigamos. Esta fe y esta esperanza son dignas de Dios y de nosotros. No son otra oca que el don de Dios presente en su verdad.

No hacen más que recordarnos lo que sabemos de siempre.

Pero es bueno, para terminar, darse cuenta del modo que este joven doctor nos enseña. No nos da una lección, en el sentido un poco humillante que toma siempre esta palabra. No tiene a su servicio más que la fe de la Iglesia, su esperanza, su caridad y la experiencia que hace día por día de estas virtudes. Lo que Santa Teresita nos ofrece es una amistad. No podemos, pensando en ella, no recordar la palabra de Jesús cuando pide que nosotros "entremos en su escuela". Él mismo nos llama a su ciencia: para recomendarse

a nosotros nos muestra su Corazón que es humilde y dulce: "Aprende a Mí que soy manso y humilde de corazón" (Mat. 11, 28). Santa Teresita instintivamente redescubre este secreto.

En estos tiempos difíciles para la fe y para la esperanza es preciso augurar que muchos, especialmente en este año, encontraremos el camino que lleva a Santa Teresita y, haciendo el descubrimiento maravilloso de su amistad, sintamos revivir en nosotros mismos el don divino.



LA ESPIRITUALIDAD DEL APOSTOLADO DE LA ORACION Y EL AÑO SANTO

De la Conferencia pronunciada por D. Gerardo Manresa Presas en la Asamblea anual del Apostolado de la Oración en el Templo del Tibidabo.

GERARDO MANRESA PRESAS

AÑO SANTO FINALIDADES Y OBJETIVOS

En la audiencia general del 9 de mayo del pasado año, Pablo VI comunicó a la Iglesia Universal la celebración del Año Santo 1975. Teniendo en cuenta la situación de falso progreso y reformismo que existe en algunos sectores de la Iglesia, Pablo VI se pregunta si merece ser mantenida en estos tiempos semejante tradición. Después de contestar afirmativamente a esta pregunta y exponer las causas de su decisión, nos indica los objetivos y finalidades que deben perseguirse durante el mismo:

“...se necesita poner en evidencia el concepto esencial del Año Santo, que es la renovación interior del hombre, del hombre que piensa, y pensando ha perdido la certeza en la Verdad; del hombre que trabaja y trabajando se ha dado cuenta de no tener ya bastante espacio para el propio coloquio personal; del hombre que goza y se divierte, y tanto disfruta de los medios que existen que su gozosa experiencia se siente pronto anonadada y desilusionada. Es preciso rehacer al hombre desde dentro. Es lo que llama el Evangelio conversión, penitencia, metanoía. Es el proceso de autorenacimiento; simple como un acto de lúcida y amorosa conciencia y complejo como un largo aprendizaje pedagógico-reformador. Es un momento de gracia que de ordinario no se obtiene sino doblando la cabeza...”

“...pero, a esta renovación personal, interior y, además en ciertos aspectos, exterior también, tiende precisamente al Año Santo: Esta terapia fácil y extraordinaria a la vez que debiera llevar el bienestar espiritual a todas las conciencias, y de rechazo, en alguna medida al menos, a la mentalidad social. Esta es la idea general del próximo Año Santo, polarizada en otra idea central particular y dirigida a la práctica: la reconciliación.

“...tenemos, en primer lugar, necesidad de restablecer relaciones auténticas, vitales y felices con Dios, de ser reconciliados en la humildad y en el amor, con Él, a fin de que, de esta primera

y constitucional armonía, todo el mundo de nuestra experiencia exprese una exigencia y adquiera una virtud de reconciliación, en la caridad y en la justicia, con los hombres, los que inmediatamente reconocemos el título reformador de hermanos.”

Analicemos ahora estos objetivos y finalidades a la luz de la devoción al Corazón de Jesús.

RECONCILIACIÓN CON DIOS

Hace 300 años en Paray-le-Monial el Sagrado Corazón se quejaba ya a Santa Margarita de la falta de correspondencia a su amor:

“He aquí este Corazón, que ha amado tanto a los hombres y que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y en reconocimiento no recibo de la mayor parte, sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este sacramento de amor.”

Ésta es pues la situación del hombre alejado de Dios por su orgullo, mientras Dios está esperando que nosotros nos dejemos abrasar por su amor:

“Mi Corazón está tan apasionado de amor por los hombres, y por ti en particular que no pudiendo ya contener en si mismo las llamas de su caridad ardiente le es preciso comunicarlas por tu medio y manifestarse a todos para enriquecerlos con los preciosos tesoros que te descubro y los cuales contienen las gracias santificantes y saludables necesarias para separarles del abismo de perdición.”

Conscientes los miembros del Apostolado de esta situación podemos preguntarnos: ¿qué podemos hacer para ir a su encuentro? ¿podemos ir solos?, ¿existe alguna forma de hacerlo?

La espiritualidad del Corazón de Jesús nos enseña

un camino para la reconciliación con Dios: es el abandono. Así nos lo transmitieron Santa Margarita y Santa Teresa del Niño Jesús.

“Déjame hacer cada cosa a su tiempo, pues quiero que seas ahora el entretenimiento de mi amor, el cual desea divertirse contigo a su placer como lo hacen los niños con sus juguetes. Es menester que te abandones así sin otras miras ni resistencia alguna, dejándome hacer mi contento y a tu expensas; pero nada perderás en ello (Santa Margarita).

Santa Teresa escribe: *“Desde hacía algún tiempo yo me había ofrecido al Niño Jesús para ser su juguetito. Le había dicho que no me tratase como a un juguete caro, uno de esos juguetes que los niños se contentan con mirar sin atreverse a tocarlos, sino como una pelotita sin valor alguno que Él podía tirar al suelo, pegar con el pie, romper, abandonar en un rincón o bien estrechar contra su corazón si le venía en gana. En una palabra quería divertir al Niño Jesús, complacerle y entregarme a sus caprichos infantiles” (M. A. pág. 182).*

Siguiendo este camino se llega a aprender la más grande de las ciencias: la ciencia del Amor.

“¡La ciencia del Amor! ¡Oh, sí! estas palabras resuenan dulcemente en mi alma. Ésta es la única ciencia que deseo. Después de haber dado por ella todas las riquezas del mundo, estimaría no haber dado nada.

“Jesús se complace en enseñarme el único camino que conduce a este divino horno del amor; y el camino es el abandono del niño que se duerme en los brazos de su padre.

“¡Ah si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas, el alma de vuestra Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cumbre de la Montaña del Amor, puesto que Jesús no pide grandes obras, sino únicamente abandono y agradecimiento.

“Esto es todo lo que Jesús exige de nosotros, no tiene necesidad alguna de nuestras obras, sino únicamente de nuestro amor” (M. A. 248, a 50).

EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

Algunas páginas más adelante en sus manuscritos Santa Teresita nos ayuda a comprender mejor lo que es el apostolado de la oración:

“Amar por los hermanos que luchan.

”Pero ¿cómo demostrará su amor si el amor se prueba con obras? Pues bien, el niño arrojará flores, perfumará con su aroma el trono real, y cantará con su voz argentina el cántico del Amor.

”¡Oh mi bien Amado! Ya lo sabeis así se consumirá mi vida. No tengo otro medio de probaros mi amor que el de echar folres; es decir, no desperdiciar ningún sacrificio, ninguna mirada, ninguna palabra; aprovecharme de las pequeñas cosas, aún de las más insignificantes haciéndolas por amor.

”Quiero sufrir por amor y gozar por amor. Así echaré flores delante del trono, no hallaré flores en mi camino que no deshoje para Ti, además al echar mis flores, cantaré ¿podría, acaso, llorar al ejecutar una acción tan gozosa?

”Cantaré aun cuando tenga que recoger mis flores en medio de las espinas. Y tanto más melodioso será mi canto cuanto más largas y punzantes sean las espinas.

”¡Oh, Jesús! ¿De qué te servirán mis flores y mis cantos? ¡Ah! estoy segura de que esa lluvia perfumada, esos pétalos frágiles y sin ningún valor, esos cantos de amor del más pequeño de tus corazones te embelesarán.

”Sí, esas nada te complacerán. Harán también sonreír a la Iglesia triunfante la cual recogerá mis flores deshojadas por amor y los hará pasar por tus manos divinas ¡Oh Jesús!

”Y una vez que esas flores hayan cobrado a tu divino contacto un valor infinito, la Iglesia del cielo, queriendo jugar con su niño las arrojará sobre la Iglesia purgante para apagar sus llamas y sobre la Iglesia militante para hacerle conseguir la victoria.

”¡Oh Jesús mio, te amo! Amo también a la Iglesia, mi Madre. Se que el más pequeño acto de puro amor le es más útil que todas las demás obras juntas” (M. A. pág. 261-262).

RECONCILIACIÓN CON LOS HOMBRES

El segundo aspecto de los objetivos del Año Santo es la reconciliación con los hombres. ¿Qué nos ofrece la devoción del Corazón de Jesús en este aspecto?

Santa Teresa del Niño Jesús que nos enseña:

“el único camino que conduce a este divino horno del Amor” también nos indica ¿cómo es? el amor que debemos tener al prójimo:

"Este Año me ha concedido la gracia (Dios) de comprender lo que es la caridad. También antes lo comprendía, es verdad, pero sólo de una manera imperfecta. No había profundizado en las palabras de Jesús: "El segundo mandamiento es parecido al primero, amarás a tu prójimo como a ti mismo" Me dedicaba principalmente a amar a Dios.

"Y Amándole, he llegado a comprender que mi amor no debe limitarse solamente a las palabras, porque: "No los que dicen Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino los que hacen la voluntad de Dios.

"Jesús dio a conocer esta voluntad muchas veces, casi debería decir que en cada página de su Evangelio. Pero en la última Cena, cuando sabe que el corazón de sus discípulos arde en una llama más viva de amor a Él, cuando acaba de darse a ellos en el misterio inefable de la Eucaristía, es entonces cuando el dulce Salvador les impone un mandamiento nuevo. Les dice con una ternura inefable "Un mandamiento nuevo os impongo, que os améis mutuamente, y que os améis los unos a los otros como yo os he amado. El Sello por el que todo el mundo conocerá que sois mis discípulos será precisamente ese vuestro mutuo amor".

"Cuando el Señor ordenó a su pueblo que amase al prójimo como a sí mismos aún no había venido a la tierra. Por eso, sabiendo en qué grado se ama uno a sí mismo, no podía pedir a sus criaturas un amor más grande para el

prójimo, pero cuando Jesús impuso un nuevo mandamiento —su nuevo mandamiento, como Él dijo más tarde, ya no habla de amar al prójimo como a sí mismos, sino de amarle como Él, Jesús, le amó, como le amaré hasta la consumación de los siglos.

"¡Ah Señor! Se que no mandáis nunca nada imposible. Conocéis mejor que yo misma mi debilidad. Sabéis que nunca podría amar a mis hermanas como Vos las amáis si Vos mismo ¡Oh Jesús! no las amáis también en mí. Y porque queríais concederme esta gracia, por esto impusisteis un mandamiento nuevo.

"¡Ah! ¡Con qué amor lo acepto, pues me da la certeza de que es voluntad vuestra amar en mí a todos los que me mandáis amar! Si, lo experimento, cuantas veces soy caritativa, es Jesús quien ama en mí. Cuanto más unida estoy a Él, tanto más amo a mis hermanas" (M. A. 293 y ss.).

CONCLUSIÓN

Podemos ver, por lo tanto, como la espiritualidad de la devoción al Corazón de Jesús realiza plenamente, los objetivos del próximo Año Santo. Se puede afirmar que la reconciliación con Dios esperada para el Año Santo de 1975 será, si Dios quiere, el primer paso que darán los hombres para llegar a conocer el Corazón de Cristo, es decir el punto nuclear de la esencia divina que es el AMOR.

(Viene de la pág. 198)

¿QUISO EL PADRE LA PASION Y MUERTE DE CRISTO?

para más de un obispo y más de un papa, eso de las deficiones "ex cátedra", es una auténtica solana, para tomar el buen sol de Dios"... "Pero el caso de María es menos complicado: he ahí a una muchacha judía, mujer real, que, si "bendita entre todas", lo es únicamente por ser una de tantas"... "No siempre hemos oído comentar el magnificat en este sentido social, y, si se me permite, socialista"... "y no se crea que

estas sinceras y nobles exaltaciones, le brotan a María en un arrebató místico"... Se podrían continuar transcribiendo citas, todas ellas, poco más o menos en la misma línea de pensamiento; son suficientes para justificar el título de este artículo, que terminamos con las palabras del Apóstol San Pablo: "Y casi todo según la ley se purifica con sangre, y sin efusión de sangre, no se obtiene remisión" (Heb. 9-22).

Fray ANTONIO DE LUGO

JORNADA DEL APOSTOLADO DE LA ORACION DE LA DIOCESIS DE BARCELONA PARA LUCRAR EL JUBILEO DEL AÑO SANTO EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

El Cardenal Arzobispo Dr. Narciso Jubany, con motivo de esta Jornada, dirigió al P. Casimiro Puig, S. I., Promotor del Apostolado de la Oración, la siguiente carta:

EL CARDENAL-ARZOBISPO DE BARCELONA

Barcelona, 26 de junio de 1974

Rvdo. P. Casimiro Puig, S. J.
Director del Apostolado de la Oración
Ciudad

Apreciado en el Señor:

Enterado de que las Secciones del Apostolado de la Oración, acudieron el día 14 de los corrientes a la Catedral en visita jubilar, con motivo del Año Santo, me es muy grato felicitarle por dicha celebración y por la gran concurrencia a la misma y animarles a proseguir adelante con sus propósitos y deseos sinceros de servir a la Iglesia.

Sigan trabajando según la letra y el espíritu de los Estatutos y tengan la plena seguridad de la fecunda eficacia de sus esfuerzos y de su labor apostólica.

Les bendice con todo afecto

firmado
Narciso Jubany Arnau
Card. Arzobispo de Barcelona

FRAGMENTOS DE LA HOMILIA PRONUNCIADA POR EL DR. FRANCISCO MUÑOZ ALARCON DIRECTOR DIOCESANO DEL APOSTOLADO DE LA ORACION EN LA MISA SOLEMNE DEL DIA DEL JUBILEO

El Dr. Muñoz manifestó su pesar por no haber podido presidir la concelebración el Sr. Cardenal Arzobispo o alguno de sus auxiliares que debido a tener una reunión pastoral les ha sido imposible añadió: "Nosotros nos sentimos vinculados con ellos y les sentimos presentes aquí, donde estamos reunidos para orar por la Iglesia en nuestra Iglesia Madre, a fin de lucrar la Indulgencia de este Año Santo. Jesús en la sinagoga de Nazaret comentó la significación del Año de Gracia: Año de libertad para los cautivos de perdón de las deudas materiales. Nosotros debemos entenderlo en sentido espiritual con los ojos de la fe. Hoy también se realiza aquí: Venimos a la catedral buscando el perdón, la mirada de Dios, la indulgencia; venimos como peregrinos al lugar sagrado, buscando más santidad, más perfección. Peregrinamos a la Catedral buscando la santidad que nos une al Señor.

"La indulgencia la concede el Papa por la conversión del Corazón y la reconciliación con Dios y con los hermanos; si no estamos dispuestos a ello no la ganaremos".

Nosotros sabemos que el A. de la O. es la devoción al Sagrado Corazón que nos pide la conversión del corazón. El Papa mira al mundo entero y ve muchos frutos del Concilio, pero también cambios que han producido división, que no han producido conversión..., no sólo a los pecadores, sino a todos, en profundidad de conversión.

No siempre pensamos como Dios quiere, sino lo que nosotros queremos, nuestras obras no siempre están de acuerdo con la caridad. Hemos de hacer un esfuerzo para que nuestras obras respondan a la voluntad de Dios.

Reconciliación: ¡Cuántas palabras que no son de concordia sino de discordia! El Papa, nos pide que ha-

gamos un esfuerzo para reformarnos. ¿Qué hago para unirme a los demás? ¿Al Corazón de Cristo? ¿He puesto paz, amor, comprensión? Esto hemos de examinar diariamente. Estas consignas tienen más fuerza para el socio del Apostolado de la Oración: Nos hemos comprometido a estar unidos al Sagrado Corazón de Jesús, al sacrificio de la Cruz. En el ofrecimiento lo renovamos, lo hacemos actual, uniéndolo a los sufrimientos de Cristo. El apostolado de la Oración es la obra reconciliadora que pide y procura que se realicen las intenciones del Corazón de Cristo a través de las "intenciones" del Papa. Queremos que se realice la obra salvadora de Cristo, renovándola en la Misa. Estamos más de actualidad en este año de reconciliación. El Papa para manifestarnos como lo dice: "Todo apostolado es la oración".

Ofrezcámosle el compromiso de nuestra oración. Propaguémosla incrementando grupos de oración. El Papa se fía de la oración para reconciliar todas las cosas. Si somos personas de oración veremos los acontecimientos con ojos sobrenaturales como premio o castigo de los pecados. Así el Apostolado de la Oración se dedica a la tarea del Año Santo reconciliándonos con Cristo y con los demás.

Haremos la profesión de fe, para luchar la Indulgencia y nuestra plegaria por el Papa y los Obispos...

Invocaremos a N.^a S.^a, ella está presente como Madre en la Iglesia, presente en la Cruz, mediadora de todas las gracias, modelo de oración, nos ayudará para que lucremos la Indulgencia... En el Evangelio hemos leído: "El Señor me ha mandado a evangelizar a los pobres, a curar a los contritos de Corazón, a anunciar la redención a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos, publicar el año aceptable al Señor y el día del premio" (Luc. 4, 18-19) que sea así este año para nosotros.

FRAGMENTOS DEL ESCRITO REMITIDO AL CARDENAL ARZOBISPO POR EL PROMOTOR DIOCESANO, P. CASIMIRO PUIG S. I., QUE FUERON LEIDOS DESPUES DE LA MISA SOLEMNE EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

Un grupo de dirigentes y socios del Apostolado de la Oración de esta diócesis hemos venido, hoy día 14 de junio de 1974, a esta Santa Catedral Basílica a ganar el jubileo del Año Santo, correspondiendo a las exhortaciones de su Santidad y de su Emcia. Rvma.

El apostolado de la Oración desde sus orígenes, 1854, ha estado íntimamente ligado con la devoción al Corazón de Jesús. La razón es muy sencilla, el Apostolado de la Oración promueve, no una oración cualquiera, sino la oración cristiana: "cualquier cosa que pidiéreis en mi nombre..."; y lo que más nos une a Cristo es su amor que promueve el culto al Corazón de Jesús. Por esto Pío XII nos dice que este culto es como el alma del Apostolado de la Oración, y por lo mismo inseparables.

(El Papa Pablo VI al aprobar los Estatutos de 1968, entre las cosas que elogia de la asociación y de los Estatutos, es la importancia que da al culto al Corazón de Jesús "Porque la piedad Eucarística se alimenta también copiosamente por medio del culto al Corazón de Jesús, en el cual nos concede... gracias que hacen más eficaz los trabajos apostólicos y los esfuerzos para la renovación deseada por el Vaticano II").

Fundándose en la espiritualidad contenida en el *ofrecimiento diario*, vinculado con la devoción al Corazón Eucarístico de Jesús y complementado con algunas otras prácticas de piedad, el Apostolado de la Oración ha ido formulando a través de los años un programa de vida espiritual que en los últimos Estatutos ha concretado en cinco elementos: 1.º el *ofrecimiento unido al sacrificio Eucarístico* que nos reaviva nuestra unión vital con Cristo. 2.º la *devoción al Corazón de Jesús* como medio para perfeccionar nuestra unión sacrificial a Cristo. 3.º La *devoción al immaculado Corazón de María*, modelo de nuestra entrega a Dios y poderosa Intercesora. 4.º el *Amor a la Iglesia*, esforzándose en *sentir con ella*, por medio de la oración y conocimiento de las intenciones Pontificias y Episcopales. 5.º *Interés* por todo lo que se refiere a la oración, y su práctica).

Entre las *consignas y orientaciones más importantes que recibimos de la Dirección General de Roma* sobresalen las siguientes:

1. *Participación y formación de los seglares.*

2. Entre las diversas *actividades apostólicas* a las que se les invita, según sus posibilidades y circunstancias propias, se les recomienda que: a) fomenten o formen grupos de oración...; b) la propagación de la devoción al Corazón de eJesús, de sus prácticas y de un modo especial la consagración de las familias (SID, 74/115; 71, 66).

3. Se recomienda en gran manera la *inserción* del Apostolado de la Oración en la *pastoral de Conjunto*, parroquial y diocesana, valiéndose de los seglares como colaboradores espirituales (BID, 71, 64).

Habrá que procurar como algo capital el que en la programación pastoral quede incluido el Apostolado de la Oración, si se quiere que éste sea efectivamente un instrumento eficaz para el bien espiritual de los fieles. Este empeño ha de ser uno de los más urgentes en el trabajo del Secretario Nacional y de los directores diocesanos y locales (BIC, 72, 332).

No es poca cosa el fomentar la oración, pero es que además debe fomentar cursos de formación espiritual, apostólica, litúrgica, bíblica y ecuménica (Est. III, 2 y 1). Tiene que propagar el programa de vida espiritual. Hoy son muchos los que buscan instruirse y practicar la oración. Por otra parte la oración que promueve el Apostolado de la Oración es la oración apostólica. Además nada impide, antes al contrario urge que dentro de sus posibilidades los socios hagan apostolado (BID, 73, 345).

Si urge según el Concilio la participación de los seglares: en el apostolado, en la difusión del Reino de Dios, en la consagración del mundo, en el esfuerzo de llenar del espíritu evangélico las estructuras etcétera (LG, 17, 31, 34, 36...); y si, por otra parte el deber y la eficacia del apostolado deriva de nuestra unión con Cristo (AA, 3; LG, 7, 41...) debemos reconocer que el Apostolado de la Oración ofrece una espiritualidad sumamente apropiada a estos fines. "Apenas se hallará, dice la carta de la Santa Sede aprobando los Estatutos, un auxilio tan poderoso y tan asequibles a todos, con el cual los fieles sean instruidos y movidos a sentir con la Iglesia, al empleo constante de la oración, a deseo del apostolado, y a recordar la primacía de la gracia de Dios en el ejercicio de la actividad apostólica".

SENTIR CON LA IGLESIA

ROBERTO CAYUELA, S. I.

Con toda razón se ha dicho por quienes podían decirlo con autoridad, pues eran muy versados en la historia de la Espiritualidad cristiana, que el libro de los "Ejercicios Espirituales" de San Ignacio de Loyola, pertenece a la categoría de los pocos libros que, como la "Imitación de Cristo", de Tomás de Kempis, y las "Visitas al Santísimo", de San Alfonso María de Ligorio, han trascendido a toda clase de fieles, y siguen influyendo continuamente en la espiritualidad de millones de almas. (Cfr. I. Iparraguirre, Introd. a los Ejercicios, Obras completas de San Ignacio de Loyola; BAC., 86; pg. 162).

Lo dijo bellamente De Causette, "Los Ejercicios de San Ignacio son uno de los libros más venerables, salidos de manos de hombres; porque si la "Imitación de Cristo" ha enjugado más lágrimas, los Ejercicios han producido más conversiones y más santos" (*Ib.*).

"Tal vez el testimonio más importante y significativo sobre el valor e influjo de los Ejercicios, por el rango de quien procede y por lo trascendental del contenido, sea el estampado por León XIII, y repetido y reproducido por Pío XI: que en esta palestra habían adquirido o perfeccionado sus virtudes todos los que han florecido en doctrina ascética y en santidad de vida, en los últimos cuatro siglos" (*Ib.*, pg. 163).

Nos dejó San Ignacio en su pequeño y gran libro, un método práctico para saber vivir la santidad cristiana en su grado más perfecto; y es método seguro, porque llega a compendiar, cabal y eficazmente, toda la doctrina espiritual del Evangelio. Es un método que nos lleva a vivir una vida que, como fue la de San Ignacio, sea una vida de entrega sincera y total al perfecto servicio de Dios, por el cumplimiento fiel, generoso y amoroso de toda la divina voluntad; y esto, en el seguimiento perfecto de Cristo, a la luz de su íntimo conocimiento y con la fuerza de un entrañable amor a Él; para reformar nuestra vida entera según Cristo, y aun transformarla en la de Él, hasta llegar por Cristo, con Cristo, y en Cristo, a la perfecta unión con Dios, por conocimiento, amor e identificación de nuestra voluntad con la del mismo Dios.

Pero como San Ignacio, profundamente cristiano y fervientemente católico, era eminentemente práctico, concreto y realista; y al tener fijos los ojos de su alma iluminada en las altas cumbres de la más alta santidad, juntamente tenía los pies en la realidad de la vida presente, en orden a la vida eterna; y era hombre que vivía sus grandes principios en la práctica generosa y constante de todas sus consecuencias; por eso, su vida de entrega perfecta al servicio de Dios, en seguimiento, también perfecto, de Cristo, la cifró concretamente en una vida de entrega al servicio, asimismo perfecto, de la Santa Madre Iglesia, con obediencia plena y rendida al Sumo Pontífice de Roma, Vicario de Cristo en la tierra.

Y así fue que, al final de su inspirado Libro, y como concreción práctica de todo él, nos dejó sus admirables Reglas para sentir con la Iglesia, pues en esto veía que consiste, en la vida práctica, la realización de la vida de santidad cristiana, que en todo el Libro nos había enseñado; y por eso, vio que el sentir con la Iglesia debía ser el complemento necesario del segurísimo método de santidad: por la Iglesia, a Cristo; por Cristo, al Padre.

Con el título abreviado de "Reglas para sentir con la Iglesia", se designan las que San Ignacio nos dejó al final de su Libro: "Para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener, se guarden las Reglas siguientes"; tal es propiamente el título que les dio el Santo Autor.

Además del valor intrínseco que en todo el método ignaciano, para llegar a la santidad cristiana, tienen estas Reglas, fueron de grandísima actualidad cuando él las escribió, en el siglo XVI, a causa de la pseudo-reforma protestante; pero quizá son de más vida y necesaria actualidad en nuestros días, por la increíble confusión de ideas, y por la crisis de fe y de obediencia a la Iglesia, que caracterizan desdichadamente a nuestros tiempos.

Por ello, vamos a presentar estas Reglas a nuestros lectores, comenzando por precisar el significado de la expresión "sentir con la Iglesia"; para indicar después lo que dichas Reglas representan en el conjunto de los Ejercicios de San Ignacio; añadir brevemente los fundamentos bíblicos y teológicos del sentir con la Iglesia; y terminar con la exposición de la práctica de sentir con la Iglesia, según San Ignacio.

1.º SIGNIFICADO DE LA EXPRESION «SENTIR CON LA IGLESIA»

Refiriéndose San Ignacio a las cosas espirituales, usa con frecuencia del término “sentirlas”, como también el de “sentido de ellas”.

Ya al principio del Libro, en la anotación segunda, nos dice: **“no el mucho saber harta y satisface al ánima; mas el sentir y gustar las cosas internamente”**; ¡sentencia admirable, síntesis de todo un método de vida espiritual, y principio fundamental en la vida de oración, y aun en toda la vida de la fe cristiana!

Mas, ¿qué entendía y significaba San Ignacio por la palabra “sentir”? Por de pronto, lejos por completo de su mente y de su estilo dar a la palabra “sentir” un significado que sonase a sentimentalismo; y menos a la vida de sentimientos, cuando el hombre, a la luz fatua de su imaginación exaltada, deja que sus sentimientos se aviven y se exacerben, y se entrega, por el impulso de ellos, al tumulto de lo exterior y al tumulto de las pasiones desbordadas. Nada de esto, ni mucho menos, significa “sentir” en la mente de San Ignacio.

Sentir las cosas espirituales internamente es, según él, penetrarlas con tan vivo conocimiento de la razón, iluminada por la fe, que después de llenar de divinas claridades nuestro entendimiento, descienda de las regiones frías de la inteligencia a las regiones caldeadas del afecto; y sea fuerza en nuestra voluntad, y fuego en nuestro corazón.

Y al hablar el Santo tantas veces del “sentido” de las cosas espirituales, quiere significar que así como los sentidos corporales sienten gusto y satisfacción, cuando sus respectivos objetos son placenteros; así el alma gusta y saborea las cosas del espíritu con un íntimo sabor divino de ellas; y así queda como harta y satisfecha. En una palabra, “sentir” según San Ignacio, no se reduce tan sólo a entender y comprender intelectualmente; es primeramente, sí, eso; pero es algo más, mucho más profundo e íntimo que el árido conocimiento intelectual; es entender con afecto, con amor, con interés, con el gusto de poseer la verdad para obrar el bien.

Así, pues, “sentir con la Iglesia” quiere decir que todas las cosas que la Iglesia nos enseña, nos aconseja, nos recomienda, nos ordena, nos las hagamos tan íntimamente propias, con tal identificación de criterios y de normas con los de la Iglesia, que nuestra alma se satisfaga con el gusto y sabor de conocerlas, amarlas, poseerlas y ponerlas por obra.

Y el “sentir con la Iglesia” es evidentemente con la Iglesia Jerárquica; a saber, el Papa y los Obispos en comunión con él, a los que como a Sucesores de San Pedro y de los Apóstoles, ha confiado Cristo su triple potestad de enseñar, de santificar y de regir a los fieles.

Lo dice el Santo en la Regla primera, al expresar claramente que la Iglesia a la que se refiere, es **“la verdadera Esposa de Cristo Nuestro Señor, que es la nuestra Santa Madre Iglesia Jerárquica”**. Y en la primera traducción latina de los Ejercicios, puntualizó aquí San Ignacio su idea, escribiendo de su puño y letra: **“que es la Romana”**.

Sentir, pues, con la Iglesia Jerárquica es pensar como Ella piensa; tener sus mismos criterios, aspiraciones y sentido de las cosas todas; es atenerse a las soluciones que Ella da a los problemas y cuestiones; es aceptar sus decisiones y obedecerla con espíritu filial; es amar a la Iglesia como se ama a la propia madre, y como se ama a la propia patria; y aún más, porque la Iglesia es nuestra madre en la vida sobrenatural, y es la Patria de nuestro espíritu y de nuestra vida cristiana.

Y amarla, como es en realidad, como Cristo la ha querido y la quiere. Y así nos dice Pablo VI:

“Debemos servir a la Iglesia tal cual Ella es; y amarla con sentido inteligente de la Historia, y con la humilde búsqueda de la voluntad de Dios, que asiste y guía a la Iglesia, aun cuando permite que la debilidad humana oscurezca algo la pureza de sus líneas y la belleza de su acción” (Enc. “Ecclesiam suam”, n. 17).

Así entendía San Ignacio “sentir con la Iglesia”.

2.º LAS REGLAS PARA SENTIR CON LA IGLESIA, EN EL CONJUNTO DEL LIBRO DE LOS EJERCICIOS

Estas admirables Reglas, que están al final del inspirado Libro, con su Epílogo; pero Epílogo que es parte integrante de todo él; Epílogo completamente necesario en el método ignaciano, para llegar a la

perfecta santidad cristiana en cualquier estado de vida.

“La materia de que tratan estas Reglas, los conocimientos positivos que demuestra po-

seer el Autor, y el mismo estilo, son clara prueba de que no fueron escritas en Manresa, sino mucho más tarde; cuando se encontraba San Ignacio en un ambiente de lucha, la que se había desplegado contra el verdadero y sano sentir de la Iglesia. Y esto no aconteció en España, donde el campo social no era combatido entonces por el mal espíritu; sino en Francia, que se hallaba en plena lucha contra el Protestantismo; y singularmente en la Universidad de París, donde se leían los libros de los protestantes, y los de sus fautores encubiertos, más peligrosos aún que los enemigos declarados” (Ignacio Casanovas; Ejerc. de San Ignacio; t. II, pg. 224).

¿Qué razones tuvo San Ignacio, qué motivos le indujeron para añadir entonces a su Libro, que antes tenía por acabado, estas Reglas para sentir con la Iglesia? Según el parecer unánime de los comentaristas del inmortal Libro, esas razones y motivos fueron tres.

a) Por sus estudios teológicos y por su mayor experiencia de la vida social y eclesial, comprendió San Ignacio que al método que había trazado en su Libro para la finalidad propia de sus Ejercicios, le faltaba algo necesario.

Había dirigido al ejercitante hacia Dios, primer principio y último fin, para que ordenara su vida toda, conforme a la santísima voluntad de Dios; y le había dirigido por “el Mediador”, por Cristo; pues tan sólo conociendo internamente a Cristo, amándole con amor verdadero y eficaz, y siguiéndole como a Divino Rey, y juntamente como a Modelo supremo de vida santa, podía el ejercitante llegar a Dios, y aun a la unión perfecta con Dios; pues el mismo Cristo nos dijo: “Yo soy la Puerta” (In., 10, 9); “Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida; nadie va y llega al Padre sino por mí” (In., 14, 6).

Pero, formado ya teológicamente San Ignacio, y con gran experiencia de la vida, vio lo que había dicho San Cipriano, y repetía San Agustín: “Para que podamos tener a Dios por Padre, hemos de tener antes a la Iglesia por Madre” (S. Cipriano, Epist. 74, c. 7). Y vio que en realidad, la Iglesia es nuestra Madre, pues Ella es la que nos engendra a la vida sobrenatural, nos hace hijos de Dios.

Y vio, asimismo, sobre todo por la doctrina de San Pablo, comentada por San Agustín y los demás Padres, que la Iglesia es el Sacramento y la maravillosa transparencia del Rostro de Cristo; que tan sólo en la Iglesia y por la Iglesia llegamos a Cristo, creemos en

Él, esperamos en Él, le amamos a Él, y le seguimos, yendo por donde Él fue a dónde Él llegó.

Al reconocer, pues, San Ignacio que “en la Iglesia habla Cristo”, como dijo San Agustín (Enarr. in Ps. 30); y que la Iglesia es Cristo, su Cuerpo Místico; la continuadora de la obra de Cristo, con la presencia y la acción en Ella del mismo Cristo; se decidió a dar a sus Ejercicios el complemento necesario de la fe en la Iglesia, del amor y obediencia a la Iglesia, de sentir con la Iglesia.

b) Un segundo motivo tuvo San Ignacio para escribir estas Reglas; motivo afín al primero, y en conexión con él.

Lo expone con claridad y acierto el P. Ignacio Casanovas:

“Los Ejercicios de San Ignacio van todos dirigidos a ordenar nuestra vida, atendiendo a las relaciones directas y personales que ligan al hombre con Dios. Pero, al final del Libro, nos encontramos con las llamadas “Reglas para sentir con la Iglesia”, en las que trata el Santo de ordenar nuestra vida, mirando también a las relaciones que nos unen con la Santa Iglesia y con los miembros de ella, con los que socialmente vivimos, dentro de la misma Iglesia” (O. c., pg. 223, 224).

Es decir, después de la santidad individual, personal; la santidad en orden a la vida social y comunitaria.

c) El tercer motivo que tuvo para lo mismo, es en el que insisten más los exégetas del Libro de San Ignacio.

Dice, por ejemplo, el citado y egregio P. Casanovas:

“Sintió el Santo (en París) la necesidad de añadir a su Libro de los Ejercicios unas Reglas que orientaran y ordenaran a su ejercitante, para luchar contra enemigos de fuera, que sin negar, a veces, explícitamente ningún dogma formal de fe, trataban siempre de corromper la vida social de la Iglesia; y por lo tanto, venían de la región de Babilonia, enviados por Lucifer, y bien instruidos en las artes diabólicas de echar redes y cadenas’, para arrastrar a los hombres a militar ‘debajo de su bandera’ ” (O. c., pg. 224).

Y en parecida forma el P. Ignacio Iparraguirre:

“Son estas Reglas como un epílogo de los Ejercicios; criterios seguros para la actuación

del ejercitante en el campo real de la vida que le espera. Procura San Ignacio guardarle de los peligros que le acechaban, principalmente en aquel ambiente hirviente de reformas. Pero, como siempre, el Santo amplía el horizonte; y da principios de orientación segura y de aplicación perenne para todas las novedades que se puedan ofrecer" (Obras completas de S. Ignacio, nota 166, en la pg. 270).

El mismo insigne comentarista había escrito en su Introducción a los Ejercicios:

"Se suele poner en París la composición de las primeras Reglas para sentir con la Iglesia. Los Ejercicios, al principio, no contenían ninguna alusión a problema alguno contemporáneo. Sólo después de haber captado en las Universidades por donde fue pasando, los efectos

del naciente luteranismo, los peligros del nuevo y fascinador humanismo devoto, los lazos seductores de los alumbrados, y, en general, la postura muchas veces confusa de tanto reformador como pululaba entonces; creyó deber dar normas a sus ejercitantes para que pudieran adoptar una actitud recta y justa en tan importante negocio. Y así, San Ignacio (en frase del P. Pedro Leturia), desbordando excepcionalmente hacia el campo de la reforma general de la Iglesia, y aun de la Teología, nos trazó un programa de restauración católica, que brotando de las entrañas de los Ejercicios, está, en cierto sentido, fuera de ellos" (O. c., pg. 184).

Tal es el unánime parecer de los autores sobre la significación de dichas Reglas en el conjunto del Libro de los Ejercicios.

3.º FUNDAMENTOS BIBLICOS Y TEOLOGICOS DEL SENTIR CON LA IGLESIA

Pongamos, ante todo, lo que establece, como principio básico, el mismo San Ignacio; a saber, que el espíritu de la Iglesia es el mismo espíritu de Cristo:

"creyendo 'que 'entre 'Cristo 'Nuestro 'Señor, Esposo, y la Iglesia, su Esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas; porque por el mismo Espíritu y Señor nuestro, que dio los diez Mandamientos, es regida y gobernada nuestra Santa Madre Iglesia" (Regla 13.º).

Y así, es cosa clara que quien escucha y obedece a la Iglesia, puede estar seguro de poseer el espíritu de Cristo.

Podríamos confirmarlo con multitud de textos del Evangelio y de las Cartas de los Apóstoles. Baste citar, por ejemplo, la doctrina de San Pablo sobre los carismas que el Espíritu Santo, con su actividad maravillosa, da a toda la Iglesia; pues nos enseña San Pablo que en todo estados de cosas, los carismas de los fieles están sometidos a la autoridad de la Iglesia; es decir, que en la Iglesia, todo está subordinado y sometido a una Jerarquía de gobierno, la cual es el carisma principal en Ella; y a ese carisma se han de subordinar todos los demás carismas.

Juntamente con este principio, evocado tan oportunamente por San Ignacio, podemos considerar que los más íntimos deseos del Corazón de Cristo, y los más encarecidos encargos que, conforme a sus gran-

de deseos, nos dio Él; y en cuyo fiel cumplimiento cifró nuestra adhesión verdadera a Él y a su Obra, y la seguridad de nuestra eterna salvación, son otros tantos fundamentos bíblicos y teológicos de nuestro sentir con la Iglesia.

Aquellos ardientes deseos y aquellos soberanos encargos de Cristo son, por decirlo así, su testamento; y es cosa clara que la manera práctica de satisfacer nosotros aquellos deseos y de cumplir sus encargos, es lo que San Ignacio nos enseña en sus inspiradas Reglas para sentir con la Iglesia. En efecto:

a) El primer deseo y encargo de Cristo es que se haga en nosotros la voluntad del Padre Celestial, a semejanza de cómo se hizo en el mismo Jesús.

"Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo"; es la tercera petición de la Oración del Señor; es decir, que nosotros hagamos lo que Dios quiere, y queramos lo que Dios hace; que cumplamos su voluntad, obedeciendo a lo que nos manda o nos prohíbe; y que se cumpla en nosotros su voluntad, aceptándola nosotros con humilde y amorosa resignación.

Y esto nos lo propone el Divino Maestro como medio necesario y camino único para que alcancemos el doble fin supremo de nuestra vida, expresado por Él mismo en las dos primeras peticiones del **"Padre nuestro"**: la glorificación de Dios, y nuestra eterna salvación en el Reino de Dios.

El ejemplo de Cristo es del todo perfecto, como se ve en todo el Evangelio; y su obra de redención,

como nos lo enseña el Espíritu Santo por San Pablo, no fue de otra manera que por su inmolación de amor y de obediencia a la voluntad del Padre Celestial, desde el seno de la Virgen Madre hasta el suplicio de la Cruz.

Pues bien; la manera práctica de hacer nosotros, en todo, la voluntad del Padre, a semejanza de Cristo, es sentir con la Iglesia:

“El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; pero el que a mí me desecha, desecha al que me envió” (Lc., 10, 16).

Y San Pablo nos exhorta:

“Obedeced a vuestros guías, y mostradles sumisión” (Hebr., 13, 17).

Y así, otros innumerables pasajes del Nuevo Testamento.

b) Otro gran deseo y encarecido encargo de Cristo es que vivamos en la luz de su verdad; pues Él es **“la luz verdadera, la que ilumina a todo hombre”** (In., 1, 9); y dijo de sí mismo: **“Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no tema caminar en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”** (In., 8, 12). Y al prometer a sus Apóstoles el don supremo del Espíritu Santo, lo hizo anunciándoles que les enviaría **“el Espíritu de la verdad”** (In., 14, 17); y les añadió: **“Os enseñará Él todas las cosas, y os recordará todas las que yo os he dicho”** (Ib., v. 26).

San Pablo se refiere a este

“Espíritu de sabiduría y de revelación”, que nos da pleno conocimiento de Cristo y de su obra; pero nos añade que todo lo dejó Cristo a su Iglesia, como quien es “Cabeza de Ella”; lo dio todo a su Iglesia, que es su Cuerpo Místico, “plenitud del que lo acaba todo en todos” (Eph., 1, 17-22, 23).

Si, pues, queremos vivir en la verdad y de la verdad, tan sólo podremos realizarlo si sentimos con la Iglesia.

c) Muy íntimo fue también el deseo de Cristo, y muy encarecido su encargo, cuando en la Última Cena nos expresó su amorosísima voluntad, diciéndonos: **“Permaneced unidos conmigo, que Yo permaneceré unido con vosotros”** (In., 15, 4). Y, a continuación, nos fue declarando que esta permanencia de unión nuestra con Él había de ser por la fe, la esperanza, la caridad y la oración.

Mas todo esto, ¿cada uno a solas, y según su propio parecer y sentir? De ninguna manera. Pues, ¿en qué forma?

San Juan nos lo declaró al principio de su 1.^a Carta, cuando nos aseveró que él, como los demás Apóstoles (y lo mismo ahora sus Sucesores), nos han anunciado lo que oyeron y recibieron de Jesús: sus verdades, sus preceptos, sus consejos, sus normas de vida santa; y que nos lo han anunciado para que nosotros lo escuchemos, lo aceptemos, y lo pongamos por obra. Y añade que si así lo hacemos, esto es si sentimos con la Iglesia Jerárquica, quedaremos asociados a Ella, en común unión con Ella; y tanto Ella como nosotros quedaremos asociados a Cristo, en común unión con Él.

No hay, pues, otro camino para que cumplamos el soberano encargo de Jesús, que permanezcamos unidos con Él; tan sólo sintiendo con la Iglesia.

d) Y, por último, cerró Jesús su testamento de amor, y nos dejó completada su última voluntad, cuando en su Oración sacerdotal, antes de ir a su Pasión, pidió al Padre con las más sublimes expresiones de deseo y de confianza, que todos sus discípulos seamos **uno**, como lo son Él y el Padre; y lo suplicó tres veces; y añadió: **“para que sean consumados en la unidad”** (In., 17).

Bien entendieron los primitivos cristianos esta suprema voluntad del Señor Jesús, de que nuestra mutua unión de unos con otros fuese perfecta; y así nos dice de ellos San Lucas en el Libro de los Hechos de los Apóstoles: **“La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma”** (4. 32).

Y los Apóstoles, en sus Cartas, no cesan de recomendarnos que, por encima de todo, seamos **“unánimes”** (1 Petr., 3, 8; Rom., 15, 6; Phil., 2, 2); que sintamos todos lo mismo, que digamos lo mismo, según tantas veces nos exhorta San Pablo (Rom., 15, 5; 1 Cor., 1, 10); y que todos sintamos con la Iglesia.

Pues bien,

“si ha de ser uno el sentir de la Cabeza y los miembros, fácil es de ver, si es razón que la Cabeza sienta con ellos, o ellos con la Cabeza”;

palabras éstas de San Ignacio, en su admirable Carta de la obediencia.

Después de todo esto, ¿no debemos decir a boca llena que estos ardientes deseos y soberanos encargos de nuestro Divino Salvador, son otros tantos fundamentos bíblicos y teológicos de nuestro sentir con la Iglesia? Y aún podremos seguir aduciendo otros varios; pero sería cosa prolija.

4.º PRACTICA DE SENTIR CON LA IGLESIA

Esta práctica nos la dejó trazada de mano maestra San Ignacio, al final de sus Ejercicios: **“Para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener, se guarden las Reglas siguientes”**.

Todas ellas son eminentemente prácticas; y aunque no se propuso San Ignacio darnos en ellas una obra doctrinal, pero sí nos dio unas normas breves y seguras para hablar y obrar con acierto en todos aquellos puntos en que solía infiltrarse entonces el espíritu protestante, y aun el espíritu de aquellos hombres que, como Erasmo de Rhotterdam, habían puesto de moda, en aquella época, el ataque, la ironía o la duda contra las prácticas externas del Catolicismo; con lo que preparaban el camino para serios tropiezos en materia de fe.

Estaba San Ignacio íntimamente convencido de que haciendo **“el oppositum per diametrum”**, se acomodaba al verdadero espíritu de la Iglesia.

Y esta actitud diametralmente contraria al espíritu de los luteranos y erasmistas, es lo que nos señaló en sus Reglas, en las que nos dieñó de cuerpo entero al hombre de fe y de prácticas tradicionales; que para no resbalar siquiera en las cosas de fe, quiere estar firme y seguro en todo lo que es manifestación de una vida prácticamente católica (cfr. Casanovas, O. c., pg. 125).

Son dieciocho estas preciosas Reglas.

La 1.ª es como la necesaria introducción y el fundamento de todas las demás; y en ella nos describe San Ignacio lo que propiamente es **“sentir con la Iglesia”**, reduciéndolo a la sincera y verdadera obediencia. Dice así:

“La primera: depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la vera Esposa de Cristo Nuestro Señor, que es la nuestra Santa Madre Iglesia Jerárquica”.

Asentado el gran principio de la obediencia, que es verdadera cuando deponemos todo nuestro parecer y juicio subjetivo, para someterlo al juicio y parecer de la Jerarquía de la Iglesia, siguen, como consecuencia, las demás Reglas, que se pueden dividir en dos secciones.

a) En primer lugar, las Reglas que se refieren a las prácticas litúrgicas de la Iglesia, y a las típicas costumbres cristianas, que por la auténtica disposición de la Iglesia, son las de los pueblos tradicionalmente católicos.

En esta sección, la norma invariable que da San Ignacio, es **“alabar y practicar”** (lo cual repite muchas veces), cuanto los buenos católicos, fieles hijos de la Iglesia, **“alaban y practican”**, en diametral oposición a lo que alaban y practican los protestantes y erasmistas.

Así, pues: hemos de alabar decididamente, y poner en práctica, la Confesión sacramental, la Comunión frecuente, el oír Misa a menudo; con los cantos, salmos y oraciones en el templo y fuera de él; y con todo lo que es oración personal y litúrgica.

También alabar y venerar las reliquias y las imágenes de los Santos, con las oraciones o invocaciones a ellos; y las estaciones, peregrinaciones e indulgencias; lo mismo, edificios de templos, ornamentos, cirios encendidos.

Y por lo que se refiere a la vida y costumbres cristianas, alabar mucho el estado religioso, la virginidad y la continencia; ateniéndonos a lo que sobre todo esto y sobre el santo matrimonio profesa la Iglesia.

Y, en general, alabar

“todos los preceptos de la Iglesia, teniendo ánimo pronto para buscar razones en su defensa, y en ninguna manera en su ofensa”.

Y con los preceptos de la Iglesia, también alabar sus demás constituciones y recomendaciones, y las costumbres de nuestros mayores; y nunca **“hablar contra ellas”**, sobre todo cuando se predica al común de los fieles; pues el hacerlo

“engendraría más murmuración y escándalo que provecho; y así, se indignaría el pueblo contra sus mayores, quier temporales, quier espirituales”.

b) La segunda sección de estas Reglas es de carácter doctrinal, o sea sobre la doctrina de la Iglesia. Son las Reglas 11.º a la 18.ª

En la Regla 13.ª establece San Ignacio este principio básico:

“Debemos siempre tener, para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia Jerárquica así lo determina; creyendo que entre Cristo Nuestro Señor, Esposo, y la Iglesia su Esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras almas”.

La Santa Iglesia Jerárquica, Madre y Maestra, por boca principalmente de los grandes Papas modernos, desde León XIII hasta Pablo VI, nos ha dado las más luminosas y seguras enseñanzas para la acertada solución de todos los problemas que agitan al mundo de hoy; y nos las ha dado sobre todas las cuestiones: sobre el Socialismo, el Comunismo y la Masonería; sobre todas las cuestiones sociales y las relaciones entre la Iglesia y el Estado; sobre la secularización, el humanismo anticristiano y el ateísmo práctico; sobre el Misterio de la Iglesia, el Ecumenismo y la Evangelización de los Pueblos; sobre el Culto divino y la participación de los fieles en la Sagrada Liturgia; sobre la santidad de la vida cristiana en todos sus estados.

No hay problema moderno sobre el cual la Iglesia Jerárquica no haya proyectado la luz refulgente de Cristo; no hay cuestión moderna, a la que no haya dado la adecuada solución conforme al Evangelio y a la Tradición cristiana.

La conducta, pues, del verdadero creyente en Cristo y fiel hijo de la Iglesia, es netamente clara: no acudir a otras fuentes, que lo son de error y de confusión; no olvidar las enseñanzas de la Iglesia, ni desentenderse de ellas; atenerse en todo al Magisterio de la Iglesia, y obedecer dócilmente a la Autoridad de régimen de la Iglesia; en una palabra: **sentir con la Iglesia.**

Y conforme a esta norma, alabar la doctrina teológica, así la positiva como la escolástica o especulativa; y atenernos a la doctrina de la Iglesia, mayormente en las cosas controvertidas; como eran entonces lo concerniente a la predestinación; a la fe en relación con las buenas obras; a la gracia y su concordia con la libertad humana; y, finalmente, al santo temor de Dios, aun el llamado “servil”, el cual “**ayuda mucho a salir del pecado mortal**”; y más aún al temor filial, “**que es todo acepto y grato a Dios Nuestro Señor, por estar en uno con el amor divino**” (Regla 18.ª).

¡Magnífico final!; pues así como las meditaciones y contemplaciones de los Ejercicios terminan con la “**Contemplación para alcanzar amor**”; así las Reglas para sentir con la Iglesia nos llevan, en definitiva, a nuestra unión con Dios por amor.

* * *

El inteligente y prudente lector podrá hacer con toda facilidad la oportuna aplicación de estas Reglas y del espíritu que las anima, a las circunstancias, necesidades y crisis de la época actual, tan parecida en muchas cosas a la del tiempo en que San Ignacio las escribió.



¿QUISO EL PADRE LA PASION Y MUERTE DE CRISTO?

FRAY ANTONIO DE LUGO

Es posible que, a algunos lectores les parezca extraño el título de este trabajo. Ningún católico, debiera hacerse semejante pregunta, ya que, las enseñanzas del Magisterio auténtico de la Iglesia, extraídas de la Sagrada Escritura y de la Tradición Apostólica, enseñan que, Cristo aceptó gustoso morir en la Cruz, por amor y obediencia a su Padre, ofreciendo cumplida satisfacción por los pecados de los hombres, a la Majestad divina, a la vez que, con su cruenta inmolación en el Calvario, realizaba la obra de la Redención humana. Leemos en la Epístola a los Hebreos: "Sacrificios por el pecado no los quisiste, ni te agradaron, los que según la ley se ofrecen; entonces he dicho: Heme aquí, que vengo a hacer tu voluntad. En virtud de la cual voluntad, hemos sido santificados, mediante la oblación del cuerpo de Jesucristo, de una vez para siempre", (Heb. 10-8-10). Las palabras citadas, que se refieren al Mesías, hay que situarlas en su contexto en el que, el autor sagrado, habla del Sacrificio de Cristo, que, además de Dios, aparece como Sacerdote y Víctima. Su obediencia a los planes salvíficos del Padre, por medio de la Pasión y Muerte del Hijo, está claramente destacada.

No obstante, hay quienes se atreven a afirmar que, el Padre no ha querido los sufrimientos y la muerte de su Hijo; lo que el Padre ha querido, es una vida humana, ejemplar y fundada en el amor. Tales afirmaciones, nos llevan a una postura ideológica, de clara oposición a la doctrina católica en cuanto se refiere a la economía de la Redención. ¿Cómo entender aquellas palabras de Jesús, cuando anuncia a los suyos su pasión?: "Y comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre tenía que padecer muchas cosas, y ser desechado por los ancianos, y por los sumos sacerdotes y por los escribas, y ser entregado a la muerte, y a los tres días resucitar". Y les declaraba la cosa abiertamente. Y tomándole consigo Pedro, comenzó a reconvenirle. Mas él, volviéndose y viendo a sus discípulos, increpó a Pedro y dice: "Vete de aquí, quitateme de delante, Satanás, pues tus miras no son las de Dios, sino las de los hombres", (Mc. 8-31=33). A través de las páginas del Santo Evangelio, conocemos, sin duda alguna, cuáles y cuántos han sido los padecimientos

del Hijo de Dios, prefigurados ya en las páginas inspiradas del Antiguo Testamento. Del cumplimiento de aquellas profecías habla también Jesús, cuando se van cumpliendo en sí mismo. Es verdad que Dios no puede querer el pecado; así, no fue obra querida por Dios, con voluntad absoluta, la acción pecaminosa, de cuantos contribuyeron a la crucifixión de Cristo; han obrado libremente; el Señor, que permite el mal, sabe, cómo sólo Él puede hacerlo, sacar de él mayores bienes.

El valor redentivo de la muerte de Jesús, es una de las verdades de nuestra fe, más conocidas y amadas del pueblo fiel, y ha sido objeto, en todos los tiempos, de las más claras exposiciones por parte del Magisterio y de cuantos siguiendo sus enseñanzas, han trabajado en la difusión de la verdad. Que el mismo Jesús tuvo conciencia de ello, está fuera de toda duda. Algunos presentan al Señor como una víctima de las injusticias y de los poderes opresores; lo consideran como un simple ajusticiado, precisamente porque se había levantado contra la opresión; para ellos no cuenta, el hecho de que su Muerte, haya sido dispuesta, por la Sabiduría infinita de Dios, que, incluso de la malicia de los hombres, se ha querido servir, para el cumplimiento de las profecías, que, de muy atrás, venían anunciando los padecimientos y la muerte redentora del Mesías. La postura más radical de la "teología de la liberación", gusta de contemplar el Evangelio, en su dimensión humana, dándole una interpretación sociológica, e ignorando su dimensión trascendente, religiosa, espiritual. El Evangelio así presentado, queda vacío de su savia, reducido a un simple código de promoción social, fundado en la fraternidad de los hombres; el mismo Salvador sólo ocupado en liberar al hombre de las injusticias humanas. En un contexto fundamentalmente antropocéntrico, Cristo, Dios-Hombre apenas si tiene cabida; su doctrina, que según afirmación explícita suya, es divina, no aparece claramente expuesta en su sentido más profundo y sobrenatural; su Muerte en la Cruz, como acto de obediencia a la voluntad del Padre, que, por ese medio ha querido liberar al hombre del pecado; restituirle con abundancia, la Gracia y otros bienes sobrenatu-

rales perdidos por el pecado original, y otorgarle como premio a su fidelidad, la eterna felicidad en el Cielo, es objeto del olvido o al menos, de afirmaciones tan gratuitas, como la que nos ocupa.

Jesús fue a la muerte, porque quiso; así lo dejó Él bien sentado, ante sus propios enemigos. En el huerto de Getsemaní, dícele a Pedro, que había desenvainado su espada: “¿O piensas que no puedo rogar a mi Padre, y pondrá ahora mismo a mi disposición, más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo pues, se cumplirán las Escrituras que dicen ha de suceder así?”, (Mt. 26-53 = 54). En el mismo huerto, ¿no hizo manifestación de su poder, cuando al decir: *Yo soy*, y los que le prendieron, “retrocedieron y cayeron en tierra”?, (Jn. 18-6). No es posible afirmar que el Padre no ha querido los sufrimientos y la muerte de su divino Hijo, si no es deformando, no sólo los Evangelios, sino todos los libros del Nuevo Testamento y buena parte del Antiguo. Jesucristo, Dios como el Padre y el Espíritu Santo, se hizo Hombre, para salvar al hombre, mediante el Sacrificio de su vida; de hecho, la Encarnación ha estado orientada a la Redención; se hace plena con la Resurrección, que es como el sello de Dios que confirma que, la Sangre derramada en la Cruz no es cualquier cosa; es Sangre divina, precio de nuestra salud eterna. Son muy expresivas las palabras del Prefacio de la Misa del Sagrado Corazón de Jesús que dice: “Porque has querido que tu Hijo Único, clavado en la Cruz, fuera traspasado por la lanza del soldado, para que su Corazón abierto, santuario de la generosidad divina, derramara sobre nosotros torrentes de gracia y de perdón; y ya que nunca cesó de arder por amor nuestro, fuera descanso para los que te aman, y para los que se arrepienten refugio siempre abierto de salvación” ... En efecto, de la inagotable caridad divina, como de fuente inagotada, reciben virtud los Sacramentos, con que el Señor, enriquece a su Iglesia, con verdaderos torrentes de gracia y de salvación. Claramente expresa Jesús, cual sea la voluntad del Padre, cuando, postrado en el huerto, ora a su Padre diciendo: “Padre, si quieres, traspasa de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya”, (Lc. 22-42). Lastima el alma que conserva íntegra su fe católica, y por lo mismo, una sensibilidad muy afinada, para percibir la grandeza de los misterios divinos, el conocer que, ante el exponente más claro del amor con que Dios amó al hombre, se puedan adoptar posturas tan contrarias a la verdad revelada, como indiferentes y desagradecidas.

Los Padres de la Iglesia, los Doctores, y el Magisterio auténtico, no han dejado exponer, y en cuanto es posible profundizar el dogma de la Redención; la

satisfacción “vicaria”, que Cristo ofrece al Padre, y como se aplican al hombre redimido, los méritos del Sacrificio del Señor. Aparece siempre claro, que Jesús fue a su Pasión y Muerte, por obediencia al Padre y amor a los hombres; así leemos en San Pablo: “Pues como por la desobediencia de un solo hombre, fueron constituidos pecadores los que eran muchos, así también, por la obediencia de uno solo, serán constituidas justos los que son muchos”, (Rom. 5-19). No olvidemos que, en Cristo, hay una sola Persona, la Segunda de la Trinidad Beatísima, Verbo del Padre, que asumiendo la naturaleza humana en todo, menos en el pecado, la une a su naturaleza divina. El sujeto agente de ambas naturalezas es una Persona divina, por lo cual con toda propiedad se le atribuyen las acciones propias de cada una de sus naturalezas; decimos, y con razón, que Cristo es Dios; y que Dios ha muerto, ya que Cristo, Perdona divina, subsiste en dos naturalezas ha padecido la muerte en su naturaleza humana. hipostáticamente unida a la divina, como queda dicho; ambas naturalezas permanecen íntegras y distintas. El valor de la muerte de Jesús en la Cruz, es infinito, como lo era cualquiera de las acciones ejecutadas por el Hijo de Dios, con su naturaleza humana; sin embargo, su Muerte ha sido querida por el Padre, para que, el hombre caído por el pecado de Adán, fuera liberado de la esclavitud del pecado, por Cristo-Jesús.

Nada tiene de extraño que, el dolor humano aparezca en la perspectiva de la fe, como instrumento de salvación; al ser asumido por Dios, tiene sin duda, una dimensión teologal clara; cuando se le acepta con fe; con sumisión a los planes de Dios; cuando el hombre consciente de sus pecados, ofrece sus dolores unidos a los de Cristo, como satisfacción y reparación, encuentra en el dolor un modo de purificar su alma, necesario en su aspiración a una más íntima unión con Dios. ¡Cuántos dolores ha aliviado la meditación y contemplación de la Pasión y Muerte del Salvador, y a cuántas almas ha levantado del abismo de sus pecados! Toda la vida de Cristo fue santísima y siempre y en todo agradable al Padre, pero sin duda la gran prueba de su amor al Padre, ha sido cuando, ya agonizante en la Cruz pudo decir: “Consummatum est” (Jn. 19-30); en vida había dicho: “Mayor amor que éste nadie lo tiene, que dar uno la vida por sus amigos” (Jn. 15-13). ¿Se puede, por las buenas, separar de la vida de Jesús, los hechos más sublimes, que son como la clave para entender toda la grandeza de su Mensaje salvador? No podemos arrancar las páginas más bellas y grandiosas del Evangelio, sin grave ofensa al Señor, y a los mismos fieles.

Quizá por la misma razón, gustan algunos, tan

poco de contemplar la Santa Misa, en su ser sacrificial; su mismo nombre procuran evitar, empleando en su lugar otros que son correctos, aunque tal vez, no expresen todas las facetas, del misterio eucarístico, al no hacer cuenta del Sacrificio de la Cruz, porque lo que les interesa sobre todo es la vida, de Jesús, pero bien recortada, lógicamente, del misterio eucarístico, procuran destacar la Cena, como vínculo de amor fraterno, a la que se reúnen para conmemorar el amor de Cristo a los suyos. Sin embargo, la Iglesia del Vaticano II, como la de todos los tiempos, mientras sea la Iglesia de Cristo, enseña el Misterio, tal cual lo ha recibido de su Señor, sin paliativos que lo disimulen ante los demás. En la edición típica del Misal Romano, promulgada por S. S. el Papa Pablo VI, de acuerdo con las normas del Concilio Vaticano II, se contiene un "Proemio", posición doctrinal, de la coherencia en la doctrina del misterio eucarístico, en su doble dimensión, Sacrificio y Sacramento de la Presencia Real, tal como siempre lo ha creído la Iglesia católica, desde los tiempos apostólicos, hasta el momento actual. En la Cena, Cristo, ofrece como manjar su Cuerpo, y como bebida su Sangre que, pocas horas después, serán sacrificados sobre el Calvario. Es un alimento sacrificial, el mismo que había prometido en Cafarnaún (Jn. 6-25-72). La Víctima del Calvario se identifica con el Sacerdote que la ofrece, Jesucristo, Sacerdote eterno de la Nueva Ley. Del Sacrificio de la Sruz, toma fuerza y virtud el Sacrificio de la misa; son un mismo sacrificio; en la Cruz, cruento; en el Altar incruento, místico, pero real; en la Cruz, se hace plenamente la Redención del género humano; en la Santa Misa, se nos aplican los méritos de la Redención. El Sagrado Concilio tridentino ha definido: "Si algún dijere que en el Sacrificio de la misa, no se ofrece a Dios un verdadero y propio sacrificio, o que el ofrecerlo no es otra cosa que dárse-nos a comer Cristo, sea anatema" (can. 1); "Si alguno dijere que por el Sacrificio de la Misa, se infiere una blasfemia al santísimo de Cristo, cumplido en la cruz, o que éste sufre menoscabo por aquél, sea anatema" (Can. 4); sesión 22, del 17 de septiembre de 1562.

Jesucristo, Cabeza del Cuerpo Místico, al ofrecerse como víctima, asocia a su sacrificio redentor, a todos los miembros de su Cuerpo; con razón afirma la Iglesia, que la Santa Misa, es acción de Cristo y de la Iglesia. El hombre pecó, y es el mismo hombre, quien, en su Cabeza, y con ella, ofrece al Padre, con infinito amor, un sacrificio de alabanza, a la vez que de propiciación y satisfacción por los pecados. Que al Padre le agradó la oblación de su divino Hijo, está claro en la Escritura; entre otros muchos textos,

es expresivo el siguiente de San Juan: "Por eso me ama mi Padre, porque yo doy mi vida, para volverla a tomar" (Jn. 10-17), y Cristo dio su vida, para que nosotros, con su Muerte y Resurrección, la tuviéramos abundante. El mismo Apóstol y Evangelista, en su primera carta escribe: "En esto está el amor; no que nosotros hubiéramos amado a Dios, sino que Él nos amó a nosotros, y envió al Hijo suyo, propiciación por nuestros pecados" (1.^a Jn. 4-10). Evidentemente, que cualquier acto de la vida de Jesús, por su infinito valor, como acción teándrica, era suficiente para redimirnos; no obstante, el Padre quiso el Sacrificio de su Unigénito, que como Cabeza de la humanidad redimida, en su nombre y con ella, ofrece "la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada, Pan de vida eterna y Cáliz de eterna salvación", como rezamos en el Canon Romano. La obediencia al Padre, y el premio que por la misma recibe el Hijo, lo expresa suficientemente San Pablo, en los siguientes términos: "... se abatió a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual, a su vez, Dios soberanamente le exaltó, y le dio el nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús, se doble toda rodilla, de los seres celestes, de los terrenales y de los infernales, y toda lengua confiese que Jesucristo, es Señor, llamado a compartir la gloria de Dios Padre" (Fil. 2-8-11). Sería larguísimo, exponer nada más que por encima, los distintos puntos de vista, desde los cuales han estudiado los Padres y Doctores, el misterio de la redención y salvación; como de hecho, la Encarnación, ha estado ordenada a la Redención, mediante la Muerte en la Cruz, y como el sacrificio del Calvario, lo es, no sólo de alabanza, sino también de propiciación por nuestros pecados, dando al Padre cumplida satisfacción.

No menos que en la Sagrada Escritura y en la Tradición apostólica; en las enseñanzas de los Padres y en el Magisterio vivo de la Iglesia, aparece en la Liturgia de todos los tiempos, el sentir de la Esposa de Cristo, respecto al Misterio Redentor. Las Anáforas empleadas en la celebración de Santa Misa, especialmente el Canon Romano; los prefacios, de pasión; Sagrado Corazón; Cristo Rey, y otros más comunes, lo mismo que los textos empleados en las partes variables de la misa; de un modo muy marcado toda la Liturgia del Triduo Pascual etc., nos introducen en el gran misterio de Cristo, y en esa perspectiva, nos invita a contemplar su amor al Padre, que alcanza su plenitud, en su Muerte cruenta, después de haber dado fin a la obra de nuestra redención. La Resurrección nos garantiza que, "si padecemos con Él, seremos también con Él glorificados" (Rom. 6-8); el con-

cilio Vaticano II, en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia enseña que: “la Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia, y al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza”; más adelante en el mismo documento afirma: “Con todo, la participación en la Sagrada Liturgia, no abarca toda la vida espiritual... “se recomiendan encarecidamente los ejercicios piadosos del pueblo cristiano, con tal que, sean conformes a las leyes y a las normas de la Iglesia, en particular si se hacen por mandato de la Sede Apostólica” (Const. Sacrosanctum Concilium, Cap. 1-10-12-13). Si toda la vida liturgia de la Iglesia, se desarrolla en torno al Misterio Pascual de Cristo, por cuyo medio, sobre todo en su acción más cimera, la Santa Misa, “se ejerce la obra de nuestra redención”, queda bien patente el lugar tan destacado que, en la vida de la Iglesia, ocupa la Pasión y Muerte del Señor; además de su vida santísima, toda ella, testimonio de ejemplaridad y amor al Padre y a los hombres, ha sido voluntad de Dios, que, ese amor, con que nos amó, y que es la quinta esencia de su Mensaje salvador, se pusiera de manifiesto de la manera más elocuente; más aún, como leemos en la Constitución conciliar sobre Liturgia, ya citada, “Nuestro Salvador, en la última cena, la noche que le traicionaban instituyó al sacrificio eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la Cruz, y confiar a su esposa la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección”... (Const. Sacrosanctum Concilium Cap. 2-47).

Hay ejercicios piadosos vivamente recomendados por la Santa Iglesia, que, sin ser actos litúrgicos, brotan de la misma Liturgia. Entre ellos, sobresale, el “Via Crucis”, una de las más bellas y antiguas devociones populares, que ha brotado directamente del corazón del pueblo, y que, en expresión de Romano Guardini, “dice siempre algo al que lo reza”. Es una manera de acompañar con espíritu de fe y amor, al Salvador, en los momentos más sublimes, cuando daba los últimos pasos, en pro de nuestra liberación. ¡Cuántos sentimientos profundos de amor a Cristo, de entrega a la voluntad del Padre, de amor a nuestros hermanos, ha suscitado esta práctica piadosa, que nos une a Cristo, en su Pasión dolorosa y Muerte en la Cruz! Pretender que los fieles, apartan la vista de tan soberanos misterios, y se fijen solamente en lo que, de comprometida tiene la vida de Jesús, despojada además, de los matices religiosos, trascendentes, divinos, así de su persona como de su Mensaje, es falsear el Evangelio, y perjudicar seriamente la fe del pueblo. La figura de Cristo paciente, ha sido siempre estímulo poderoso, que ha movido a los santos, en los trabajos

emprendidos por la gloria de Dios y el bien de sus prójimos, lo mismo que, en sus grandes trabajos ascéticos, por la conquista del Reino de los Cielos. Los mártires, alcanzaron la palma, sostenidos por el Espíritu del Señor, que les animaba a seguir a Cristo, hasta la muerte; entre muchos, valga el testimonio de San Ignacio de Antioquía: “Yo sufro para asociarme a su pasión, y es Él quien me da la fuerza, aquel que se ha hecho completamente hombre”, (Carta a los de Esmirna). San Pablo exclamaba: “Pero a mí, jamás me acaezca gloriarme en otra cosa, sino en la de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo” (Gal. 6-14).

Ante los textos de la Escritura, así del antiguo como del nuevo Testamento; los testimonios de la Tradición Apostólica; la doctrina de los Padres y Teólogos, y las enseñanzas del Magisterio Jerárquico de la Iglesia, y la profundidad y piadoso afecto, así de los monumentos litúrgicos, como de las obras de piedad con que el pueblo cristiano, honra a Cristo, Dios y Hombre verdadero en su Sagrada Pasión, y ante la actitud de los Apóstoles y Mártires, ante la muerte, que se sentían “dichosos de padecer ofensas por el nombre de Jesús” (Hech. 5-41), ¿cómo es posible decir: “lo verdadero y saludable es el hecho de que, en Jesús, hemos sido salvados. No lo hemos sido en el sentido en que tantas veces nos han educado, haciéndonos pensar que la muerte de Jesús fue un Sacrificio de reparación. Según eso, el Padre, ofendido tenía que ser reparado; lo fue por la muerte de su Hijo, y así el orden quedaba de nuevo restablecido. La realidad es más hermosa y más cercana. No había un orden molestado y ofendido, sino una persona. Por eso la reparación no se restablecería mediante el dolor y el castigo, sino mediante las disculpas, las obras y el amor. La redención de que Jesús es portador no se opera en primer término en los dolores que Él sufre, a fin de restablecer un orden jurídico, sino en la disposición de servicio y en la bondad de su vida, satisfactoria por nosotros. El Padre no exigió dolor y muerte, sino una vida humana buena y bien vivida. Que acabara en la muerte y tal muerte, fue cosa nuestra. Pero Jesús no se arredró ante ello, y su muerte fue la obediencia suprema”.

El texto citado no es un texto aislado, sacado de un contexto perfectamente concebido en su doctrina, y con una trabazón lógicamente correcta. Es un botón de muestra; abundan afirmaciones gratuitas, en cosas bastante serias como: “Los Evangelios, como tantísimas otras cosas de la Iglesia, están sofisticados, adulterados y fuera de madre”... “El peligro de nuestra fe, está precisamente en su formulación. Yo sé que

CATOLICISMO

DE MASAS

El fallecimiento repentino, el pasado mes de mayo, del cardenal J. Daniélou, ha causado viva impresión en el mundo católico y no católico. En las notas necrológicas aparecidas en la prensa cotidiana, junto a una extensa relación de sus méritos al servicio del pensamiento católico, no ha dejado de notarse el cambio producido en su pensamiento a raíz del Concilio, en una cuestión que afecta al ideal del Reinado Social de Jesucristo que defiende esta Revista.

En efecto, en un artículo aparecido en La France Catholique y reproducido en CRISTIANDAD en noviembre de 1965, tomaba enérgica posición contra las corrientes "puristas" que desprecian la fe no "ilustrada", la vida cristiana "no comprometida" y la piedad "tradicional", "no personal y rutinaria", del pueblo cristiano; todo ello a sustituir por una nueva vivencia encarnada en unas comunidades de élite, las entonces titubeantes y hoy en auge "Comunidades de Base". Él lo dijo, hace unos meses, en el Mont-Saint-Michel: "Yo creo en la religión popular, en la religión de las peregrinaciones, y no en la de las pequeñas capillas y las sectas reducidas. Mi presencia aquí se explica dentro del combate que llevo a cabo en favor del renacimiento de la religión popular, que es el reflejo del alma de los pueblos".

Vivimos en un momento de auge de la dimisión de Europa como sociedad cristiana. Recordemos solamente la reciente ratificación de la ley del divorcio en Italia y la aprobación de la ley del aborto en Alemania Occidental. No ignoramos tampoco la solapada campaña que —con ocasión de la ley italiana— se ha hecho en España a favor del divorcio y contra el matrimonio canónico; el buen éxito de la empresa exige naturalmente no hablar todavía aquí del aborto. En pleno clima secularizante un "prestigioso" teólogo alemán ha venido a explicarnos que "el estado confesional es un anacronismo".

Por todo ello nos parece oportuno aportar una vez más nuestra convicción de que estos hechos no constituyen un avance sino un retroceso —y grave— para la extensión del Reino de Cristo, que es la misión primordial de la Iglesia. Para ello, y como homenaje póstumo, queremos reproducir de nuevo aquel famoso artículo de Daniélou, escrito para defender lo más sagrado: la fe de los pobres.

Un dilema: minorías selectas-pueblo cristiano.

Se habla mucho hoy de la Iglesia de los pobres. Pero cada cual coloca bajo este nombre cosas bien diferentes. De hecho, dos concepciones de la Iglesia se enfrentan aquí. Para unos, la Iglesia es, antes que nada, un signo colocado en medio de las naciones. Ella ha de testimoniar, en medio del mundo, sobre todo aquello que sobrepasa el mundo. Lo esencial es que de testimonio. Se le pedirá, sobre todo, que sea pura. Se intentará separarla de una civilización en la que se cree que queda comprometida. Se tendrá nostalgia de los tiempos de martirio y se hablará con gusto del "final de la Era constantiniana". Por último, se preferirá salvaguardar esta pureza, aunque sea a costa de abandonar a numerosos bautizados para los que el cristianismo apenas si es más que una práctica piadosa.

Pero frente a esta concepción, se abre paso otra no ya para defender a una cristiandad histórica, sino en nombre de las exigencias mismas del Evangelio y de una visión realista del porvenir. Para aquéllos que tienen esta concepción, es un carácter esencial del Evangelio ser la religión de los pobres, no en el

sentido de aquéllos que están desprendidos de lo terreno, sino en el sentido de la inmensa marea humana. La Iglesia les parece, como a San Agustín, la red que reúne a la vez a los peces buenos y a los malos, pero en la cual no nos toca a nosotros discriminar, cosa reservada a los ángeles. La condición auténtica de la Iglesia les parece ser aquella de los siglos de cristiandad, cuando todo el mundo era cristiano. Y es esta situación la que les parece deseable. Ella supone que la Iglesia se compromete en la civilización, porque un pueblo cristiano no es posible dentro de una civilización que les sea contraria. Y ellos prefieren este inmenso pueblo mezclado, a una Iglesia más pura, pero que parecería una capilla.

Comunidades pitagóricas de élite y comunidades cristianas universalistas.

Si se estudian los primeros siglos del cristianismo, se comprueba que uno de los caracteres que distinguen a la Iglesia es su universalismo. El texto más notable a este propósito es el del pagano Celso, que se mofaba de las comunidades cristianas, en las cuales veía una chusma de gente prostituida y del montón. Él les opone las confraternidades pitagóricas que se reclutaban entre las élites intelectuales y morales. Nada más inexacto, por lo demás, que oponer los tiempos preconstantinianos a los tiempos constantinianos, desde este punto de vista.

La conversión de Constantino hizo accesible el cristianismo al hombre de la calle.

Lo único que aquí es verdad es que esta extensión del cristianismo a un inmenso pueblo, cosa perteneciente a su esencia, estuvo obstaculizada durante los primeros siglos por el hecho de que el cristianismo se desarrollaba en el interior de una sociedad cuyos cuadros sociales y estructuras culturales le eran hostiles. La pertenencia al cristianismo requería un temple de espíritu del que no son capaces la mayoría de los hombres. La conversión de Constantino, al derribar estos obstáculos, hizo accesible el Evangelio precisamente a aquéllos que no forman parte de las élites, al hombre de la calle. Lejos de falsear el cristianismo, esto les permitió realizar su naturaleza de pueblo.

Es este pueblo cristiano que existe todavía en Bretaña o en Alsacia, en Italia y en España, en Irlanda y en Polonia, en Brasil y en Perú. Es este pueblo que se siente traicionado cuando ve a ciertas minorías católicas, laicas o sacerdotales más preocupadas por entablar diálogo con los marxistas que por trabajar en su defensa y en su expansión.

Lo más sagrado es la fe de los pobres.

Podría ser un cálculo criminal que, so pretexto de aliviar a la Iglesia para hacerla más misionera, la hiciéramos abandonar a la masa de los pobres que se ha confiado a ella. Este es el pueblo cristiano que ha resistido en Rusia a la ideología marxista. Éste es el que la persecución actual se esfuerza en destruir. Y he aquí por qué esta persecución es particularmente odiosa, porque tiende a destruir lo que hay de más sagrado, la fe de los pobres.

El drama del cristianismo occidental actual es la descristianización de las masas. Que haya crisis en las élites intelectuales, siempre ha sido así. No es más peligroso para un país cristiano contar con algunos intelectuales ateos que para un país ateo contar con algunos intelectuales cristianos. Pero lo que es difícilmente reparable, porque es el resultado de un largo y paciente trabajo, es la constitución de un pueblo cristiano.

Con frecuencia quienes más hablan de evangelización de los pobres son los más hostiles a las condiciones que les hacen accesible el Evangelio.

El problema está, pues, en preguntarse sobre las condiciones que hacen posible un pueblo cristiano. Y preguntarse, para ello, sobre las condiciones que lo han hecho posible anteriormente. Resulta extraño, en efecto, que sean, con frecuencia, quienes más hablan de evangelización de los pobres los que son más hostiles a las condiciones que hacen accesible el Evangelio a los pobres. La fe no puede estar verdaderamente arraigada en un país más que cuando ha penetrado la civilización, cuando existe una cristiandad. El cristianismo no es

accesible como revelación, a la masa de un pueblo, más que cuando ha arraigado en este pueblo como religión.

Así, la Pastoral contemporánea viene a aportar una confirmación a la legitimidad del proceso constantiniano. Precisamente porque, a partir del siglo IV, el cristianismo penetró en la civilización occidental, porque hubo una cristiandad, pudo resultar el inmenso pueblo cristiano que fue el de occidente medieval y barroco. Este pueblo presenta, a todas luces, los defectos que son propios de todo pueblo. Para muchos el cristianismo era menos un compromiso personal que una tradición social, menos una fe sobrenatural que una necesidad religiosa. Pero la cuestión está en saber si no es precisamente deseable que el Evangelio pueda extenderse hasta esos pobres, que sin embargo, reciben algo de su potencia salvadora. Ahora bien, ese es el problema de la pastoral actual de las masas. La experiencia muestra que es prácticamente imposible a un cristiano que no sea un militante perseverar en un medio que no le ayuda a sostenerse. ¿Cuántos van a la iglesia en su aldea que luego no van en la ciudad! ¿Podrá hablarse de cristianismo sociológico? ¿Se dirá que es mejor desembarazarse de tales cristianos? Esto sería totalmente falso. Porque el cristianismo de estos cristianos puede ser auténtico, pero no ser lo suficientemente personal como para poder manifestarse contra el medio ambiente que les ayude. No puede haber cristianismo de masas sin cristiandad.

Aquí reside la opción. Porque unos dirán que el cristianismo no tiene necesidad de poseer numerosos adeptos; que es mejor pocos cristianos y que sean fervorosos y que, por añadidura, está claro que las exigencias del Evangelio son tales, que nunca estarán al alcance más que de un pequeño número... Se comprende lo que en ese razonamiento pueda haber de justo. Pero resulta totalmente inaceptable.

Oponer una civilización profana a una civilización sacral, considerar que la Iglesia y la ciudad deben moverse como mundos separados, es un punto de vista irrealista y peligroso. Peligroso para la fe, porque ésta no puede ser la fe de los pobres más que en una civilización que la hace normalmente accesible a los pobres sin constituirlos en privilegio de una selección de espirituales. Es peligrosa para la civilización, porque la deja constituirse de una manera incompleta e inhumana. Este es el problema que conviene plantearse.

(De "La France Catholique")

J. DANIELOU, S. I.

Legitimidad del proceso constantiniano.

Lo deseable es que el medio social sea favorable, si queremos la existencia de un pueblo cristiano.

La separación Iglesia-Ciudad, un punto de vista irrealista y peligroso.

NOTAS al artículo LA FORMACIÓN EN EL SEMINARIO HOY que empieza en la pág. siguiente.

(1) Pío XI: *Divini Illius Magistri*. Traduc. de "Colec. de Encl. y Doc. Pont.", Madrid, Public. Ac. Cat. Esp. 1962; vol. II, pág. 1598, n. 34.

(2) *Ibid.*, n. 35. Véase la Declaración sobre la educación cristiana de la juventud por el CONCILIO VATICANO II, *Gravissimum*, n. 1-2.

(3) *Ibid.*, n. 36.

(4) Pío XI: *Ad Catholici Sacerdotii*. Trad. o. c., vol. II, p. 1018, n. 52. El subrayado es mío.

(5) Pío X: *Pascendi*. O. c., vol. I, p. 968.

(6) Pío XII: *Humani Generis*, o. c., vol. I, p. 1123. VAT. II, *Optatam*, § V, n. 15.

(7) CONCILIO VAT. II: *Optatam*, § V, n. 15.

(8) *Influjo de la Filosofía de nuestro siglo sobre la Teología, ante el año de la Fe. "Verbo"* (Madrid), n.º 65-66 (1968), 1-40.

(9) Pío XII: *Humani Generis*, o. c., vol. I, p. 1126, n. 10.

(10) *Ibid.*, p. 1126-1127, n. 11.

(11) *Ejercicios Espirituales*, n. 353, 365.

(12) *Ejercicios Espirituales*, n. 1.

(13) *Ejercicios Espirituales*, n. 2

(14) *El conocimiento interno y el sentimiento interno en los Ejercicios Espirituales*. "Miscelánea Comillas" XXVI (1956), 115-131; *Psicología de los Ejercicios*. "Espiritu" (Barcelona), VI (1957), 62-93; *Dios llama tu alma*. Barcelona, Editorial Casulleras, 1961; cap. III-IV.

(15) S. Pío X: *Haerent animo* (4-VIII-1908), o. c., vol. I, p. 983, n. 12.

(16) CONCILIO VAT. II: *Optatam*, § IV, n. 8. Adviértase que en Nota, el Concilio cita la Exhortación *Haerent animo* de S. Pío X, que antes hemos aducido.

(17) Véase el precioso documento de Pío XII: *Menti nostrae* sobre la santidad de la vida sacerdotal, publicado el 23 de septiembre XII donde radican en última instancia los fallos en la castidad.

(18) PABLO VI: *Evangelica testificatio*, del 29 de junio de 1971, n.º 45-46. En setiembre de 1973 dirigió Pablo VI una carta al Superior General de la "Sociedad de presbíteros de San Sulpicio" sobre la formación sacerdotal.

LA FORMACION EN EL SEMINARIO HOY *

JUAN ROIG GIRONELLA, S. I.

I. «FORMACIÓN» ES MÁS QUE «INFORMACIÓN»

¿Qué es «formación»?

Formación es lo que queda cuando se ha olvidado todo lo que se ha aprendido.

Esta expresión es paradójica; pero contiene una gran verdad. La verdad contenida en ella es ésta: que hay algo más profundo que la mera «información» y permanece aun cuando ésta desaparezca, como permanece el oro de una copa de oro, hasta raspando el brillo superficial de una copa dorada.

Examinemos este punto que bien vale la pena. Supongamos que un joven quiere prepararse para ser médico. Para ser médico le hace falta saber muchas cosas; tener mucha «información»: de enfermedades, de medicinas, de fisiología, etc. El joven se pone a leer ávidamente enciclopedias, prontuarios, artículos, todo lo que llega a sus manos; y llega, supongámoslo, a tener abundante «información», quizás igual a la de otro médico, que sale de las aulas universitarias. ¿Se pondría Vd. en caso de una enfermedad seria, en manos de aquel joven bien «informado», pudiendo acudir a un médico? Yo no. Aunque me dijese que aquél «sabe» tanto como un médico o más sobre aquella enfermedad, no nos confiaríamos a él. ¿Porqué? Porque... no basta tener conocimientos; han de estar estructurados, han de estar enraizados, han de estar armonizados dentro de un conjunto. No negamos que un joven leyendo una enciclopedia de medicina, quizá pueda en un caso determinado curar una enfermedad que no habría curado un médico; pero esto no es lo normal. Lo normal es que aquel aficionado cometa muchos asesinatos, hasta procediendo con buena voluntad; porque ha-

brá adquirido «información»; difícilmente habrá logrado «formación».

Lo que hemos dicho del médico, puede decirse de cualquier otra carrera: ingeniero, químico, abogado... Sucede con estas actividades tan humanas, algo semejante a lo que pasa con el vino añejo: en cualquier laboratorio puede producirse una mezcla; pero no se puede producir en un laboratorio durante unos minutos un vino añejo de marca, de unas bodegas donde ha dormido docenas de años. Es otra cosa.

Pues de modo semejante la «formación» del hombre supone una sedimentación lenta, sosegada, silenciosa, de transformación íntima y profunda. No puede suplirse con una «información» apresurada y precipitada. Un lento hábito no es lo mismo que una lección aprendida de memoria. Es otra cosa.

Esto que sucede con las grandes y principales actividades humanas, ¿no sucederá con el sacerdote? La carrera de mayor trascendencia y responsabilidad, que es la carrera sacerdotal, ¿no requerirá el mínimo que requieren todas las otras en este trabajo de lenta asimilación y maduración? Es la carrera de mayor responsabilidad, porque en ella no se juegan intereses económicos, ni los de la salud del cuerpo, sino los intereses y salud del hombre entero y definitivamente: su alma. Pero esta carrera, por lo mismo tan decisiva y compleja, ¿podrá prepararse como cosa de risa, mientras se simultanea con otros estudios y otras actividades; o con breve tiempo que se le dedique?

Sin embargo, ¿qué ha sucedido hoy?

II. ABORRECEN LA «FORMACIÓN»

¿Qué ha sucedido en esta cuestión? Ya lo diré y con toda crudeza, pero con toda verdad: sencillamente, que la mentalidad que ha triunfado ha sido la de Rousseau. La doctrina católica y la de Rousseau, si son examinadas en este punto, están en lo santípodas una, de otra.

Sabemos por la Fe que el hombre nace privado de la gracia; no sólo está careciendo de ella, sino privado (lo cual es estar en pecado), porque debía tenerla después de la elevación sobrenatural y por el pecado original perdió esta gracia. Sabemos que como consecuencia, o penalidad (no «pena» porque en los bautizados ya no hay pecado) queda el desorden de la concupiscencia.

Por tanto, el hombre necesita formar en sí mismo hábitos buenos, porque dejado a sí mismo no se mantiene en el recto orden. Por consiguiente la buena pedagogía inducirá al educando a la lenta maduración de la «formación»: le ayudará a formar en sí estos hábitos buenos. Con ello irá la oración, para impetrar de Dios las ayudas sobrenaturales o gracias, tanto para ir manteniendo el hábito sobrenatural infuso de la gracia, como para no perderlo por el pecado.

Por ello, si se lee por ejemplo la Encíclica de Pío XI, *Divini illius Magistri* (31-XII-1929), se advertirá en seguida que está en los antípodas del naturalismo pagano de Rousseau: «Nunca se ha de perder de vista que el sujeto de la educación cristiana es el hombre todo entero, espíritu unido al cuerpo en unidad de naturaleza con todas sus facultades naturales y sobrenaturales, cual nos lo hacen conocer la recta razón y la revelación; por lo tanto, el hombre, caído de su estado originario, pero redimido por Cristo y reintegrado en la condición sobrenatural de hijo adoptivo de Dios, aunque no en los privilegios preternaturales de la inmortalidad del cuerpo y de la integridad o equilibrio de sus inclinaciones. Quedan, pues, en la naturaleza humana los efectos del pecado original, particularmente la debilidad de la voluntad y las tendencias desordenadas» (1).

Una vez puesto el cimiento de la fe, fluyen las consecuencias pedagógicas: «Es por lo tanto, preciso, corregir las inclinaciones desordenadas, fomentar y ordenar las buenas desde la más tierna infancia y, sobre todo, hay que iluminar el entendimiento y fortalecer la voluntad

* Las notas en la pág. 201.

con las verdades sobrenaturales y los medios de la Gracia, sin la cual no es posible dominar las perversas inclinaciones ni alcanzar la debida perfección moral" (2).

Por consiguiente se rechaza como falso el "naturalismo pedagógico", como es el de Rousseau: "Por lo mismo, es falso todo naturalismo pedagógico, que de cualquier modo excluya o aminore la *formación sobrenatural* cristiana en la instrucción de la juventud; y es erróneo todo método de educación que se funde, en todo o en parte, sobre la negación u olvido del pecado original y de la Gracia y, por lo tanto, sobre las fuerzas solas de la naturaleza humana. Tales son, generalmente, esos sistemas actuales de varios nombres, que apelan a una pretendida *autonomía y libertad ilimitada del niño* y que disminuyen o aun *suprimen la autoridad y la obra del educador*, atribuyendo al niño una *preeminencia exclusiva de iniciativas* y una actividad independiente de toda ley superior natural y divina, en la obra de su educación" (3).

Si ahora alguien tiene la curiosidad de leer por ejemplo la obra de Rousseau titulada *Emilio o sobre la educación* (en cuya Introducción ya indica que lo que ahí propone con ocasión del niño Emilio, quiere decirlo de toda la naturaleza humana: "Notre véritable étude est celle de la condition humaine") encontrará una doctrina que es radicalmente opuesta a la que acabamos de leer en las palabras de Pío XI.

Rousseau pone como principio fundamental que no ha habido pecado original y por consiguiente tampoco hay ahora sus consecuencias: "posons pour maxime incontestable que les premiers mouvements de la nature sont toujours droits; *il ne s'y trouve point de perversité originelle dans le coeur humain*"; por tanto, ¿qué ha de hacer el educador? Nada. Mejor dicho: impedir que se haga nada: "Pour former cet homme rare qu'avons-nous à faire? Beaucoup, sans doute: c'est d'empêcher que rien ne soit fait". Pero ¿y la "formación" de hábitos? "La seule *habitude* qu'on doit laisser prendre à l'enfant est de n'en contracter aucune..." Por consiguiente, nada de obediencia: ni siquiera el nombre: "qu'il ne sache ce que c'est qu'obéissance quand il agit"; "ainsi les mots d'obéir et de commander seront proscrits de son dictionnaire; encore plus ceux de *devoir* et d'*obligation*; mais ceux de force, de nécessité, d'impuissance et de contrainte, y doivent tenir une grande place". De modo paralelo, quiere Rousseau que a los quince años todavía no se le haya dicho a su educando que tiene alma; y ni quizás a los dieciocho ha llegado el tiempo de enseñárselo. En cuanto a la Religión revelada, nada en absoluto.

Esta miserable mentalidad, expresión de la soberbia del tiempo de la revolución, es la que por nuestra cobardía y dejadez hemos dejado triunfar. Lo que no podemos hacer es sorprendernos ahora de las lamentables consecuencias que palpamos, porque quien reparte un fruto venenoso no ha de sorprenderse después de que mueran envenenados los que lo han comido.

Pues bien, este fruto que repartiendo sonrisas a derecha e izquierda hemos dejado crecer durante un siglo y medio de liberalismo, tanto nos ha envenenado que ahora ha penetrado hasta en los mismos Seminarios; ha destruido la misma educación del seminarista, la formación sacerdotal.

¿Años de "formación" de hábitos de virtud sobrenatural? ¡Nada de ello! Un baño acelerado, durante el cual podrán dedicarse a cualquier otro estudio y a hacer cualquier otra actividad: con tal que no se formen "hábitos". Si alguien recuerda por ejemplo aquellas palabras, bien tristes por cierto, de Marc Oraison, con que después de terminar la segunda guerra europea gritaba "contra la formación de hábitos" en los Seminarios y Noviciados, tendrá el antecedente inmediato de la pobre mentalidad que ha destruido la formación de seminarista.

¿Un edificio, el Seminario, en que el joven, sometido a un reglamento, forme en sí los hábitos que necesita, empezando por el de la oración? ¡Nada de esto! En vez de un Seminario, un piso de ciudad; en vez de un reglamento, total libertad; en vez de adquirir hábitos de oración, de modestia, de silencio, de obediencia, por el contrario sumergirse en el ambiente del mundo; verlo todo, acudir a todos los espectáculos, tomar todas las iniciativas por su cuenta.

Con esto ha sucedido lo que muchas veces hemos presenciado: en muchos sitios (no digo en todos, afortunadamente, pero sí en muchos por desgracia) se ha procedido a una verdadera destrucción de los Seminarios llamados "conciliares", es decir, del Concilio de Trento, porque fue precisamente el Concilio de Trento, en el momento de la revitalización de la vida católica, fue el que les dio el gran impulso de la verdadera reforma, de que hemos vivido hasta hoy.

Pero como ahora lo que hay en el fondo del progresismo es sencillamente la mentalidad protestante que intenta de nuevo triunfar, es obvio que también clamen contra la "formación" de los Seminarios, aunque inventen diversos pretextos, para encubrir la verdadera razón de fondo. Y del mismo modo se rebelan contra la noción misma de "sacerdote" como intermediario entre Dios y los hombres, que ofrece el Sacrificio (*Hebr.*, 5, 1); quieren hacer de él un mero "empleado", un funcionario temporal de la comunidad, casado como todos, trabajando en cualquier oficio como todos, ejerciendo en su ministerio lo que todos podrían ejercer... Como ya indicaba San Pío X en 1907 en su Encíclica *Pascendi* contra el "modernismo" (que era como el antecedente de que brotó el actual "progresismo") imaginan que destruir la formación doctrinal y disciplinar del Seminario, podrán destruir la misma Iglesia.

Por desgracia han engañado a muchos. Pero no cuentan con que encima de todos está Dios y que sólo permitirá las cosas hasta cierto límite: hasta el día en que dirá "¡basta!" y los Seminarios volverán a ser lo que han sido y deben ser.

III. FORMACIÓN FILOSÓFICA Y TEOLÓGICA

Es indispensable que la "formación" del sacerdote sea tanto natural, como sobrenatural. Las dos dimensiones son indispensables. Cuando llegue el día en que refflorezcan los Seminarios, hoy semidestruidos, también refflorece la "formación" sacerdotal que se ha de dar en ellos. Y esta "formación" tendrá las dos dimensiones fundamentales: la que forma al "hombre" y la que estructura al "santo"; de la conjunción de ambas brota el sacerdote, el apóstol.

Es evidente que no es posible reseñar aquí todo lo que ha de interesar a la formación del seminarista como hombre; sólo me detendré en un punto especialmente importante en esta formación: es el de la formación filosófica.

Pío XI el 20 de diciembre de 1935 publicó su magnífica Encíclica *Ad Catholici Sacerdotii*, consagrada al sacerdocio. En ella, hablando de la formación del futuro sacerdote, en los Seminarios, dice: "Y a fin de que los futuros sacerdotes puedan poseer la ciencia que nuestros tiempos exigen, como más arriba hemos declarado, es de suma importancia que después de una sólida formación en los estudios clásicos, se instruyan y ejerciten bien en la filosofía escolástica según el método, la doctrina y los principios del Doctor Angélico (Cod. Iur. Can., c. 1.366, § 2). Esta filosofía perenne, como la llamaba nuestro gran predecesor León XIII, no solamente les es necesaria para profundizar en los dogmas, sino que los provee de armas eficaces contra los errores modernos, cualesquiera que sean, disponiendo su inteligencia para distinguir claramente lo verdadero de lo falso; para todos los problemas de cualquiera especie o para otros estudios que tengan que hacer, les dará una claridad de visión intelectual, que sobrepujará a la de otros que carezcan de esta formación filosófica, aunque estén dotados de más vasta erudición" (4).

En estas últimas palabras que hemos subrayado, de Pío XI, está precisamente la contraposición entre "formación" y mera "erudición"; y queda señalada la ventaja que da la primera. Pío XI acababa de hablar de nuestra "filosofía perenne", la que tradicionalmente se ha enseñado en los grandes centros de la Iglesia y que daba una disposición o formación que hacía que en claridad, precisión, firmeza, aquel que la poseía sobrepusiera a otros que carecían de esta "formación filosófica", aunque éstos por otro lado gozasen de la ventaja de poseer una más amplia "información", o sea "erudición", que también se ha de procurar y es muy estimable.

Claro está que ahora en este breve artículo no es posible exponer con detención cuáles eran las características de este método que goza de una experiencia y éxito de siglos: quede el exponerlo, para otra ocasión. Sólo diré que por la experiencia que tengo de ello, ésta confirma plenamente las palabras de Pío XI.

Cuando, siendo joven, me dieron en una Facultad eclesiástica esta formación filosófica de que hablo, tuve

la impresión, al terminar la licenciatura en Filosofía de que me habían hecho hombre, me habían estructurado la cabeza. No se trataba meramente de que había adquirido una cantidad apreciable de nociones; era algo más; se había formado en mí un hábito que regía mi modo de pensar y de razonar; sabía precisar, sabía dirigirme al fondo de las cuestiones sin divagar, sabía exponer con brevedad y claridad; había aprendido a afianzarme en lo cierto como cierto, distinguiéndolo de lo probable; había aprendido a preguntarme el porqué y a examinarlo con exigencia crítica, sin llegar al exceso del criticismo: esto conjunto es lo que había recibido. Claro está que en la formación de este hábito había pasado varios años entregado a este trabajo de reflexión, de meditación, de estudio asiduo; lo cual es enteramente opuesto a lo que hoy día vemos en muchos sitios, en que los seminaristas tienen simultáneamente múltiples actividades y hasta la Filosofía a veces no se cursa como dice aquella frase del Vaticano II, "Innixa patrimonio philosophico perenniter valido", "apoyados en el patrimonio filosófico de perenne validez".

Así como puedo alegar el testimonio de mi propia experiencia, también podría alegar el testimonio de profesores universitarios. Uno de ellos, hablándome de lo que experimentaba cuando mis discípulos acudían a la Universidad, me dijo: "le felicito por la formación que reciben sus jóvenes. No sé qué notable hábito tienen de madurez, pero el hecho es que colocados entre sus condiscípulos y sin pretender sobresalir, sucede espontáneamente que les consultan como si pasasen a desempeñar espontáneamente el papel de maestros".

Esta formación que reportaba tan grandes beneficios, tenía como uno de sus frutos aquella recomendación de S. Pablo: "No seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina" (Efes. 4, 14). Interesa mucho a la causa de la fe e interesa mucho al sacerdote que haya las disposiciones psicológicas requeridas para mantener de un modo como connatural la firmeza, tanto psicológica contra las dudas (que quitan las fuerzas para la acción), como objetiva (que percibe ya de lejos la desviación doctrinal). Y precisamente por ello una de las cosas que más han odiado los enemigos de la Iglesia ha sido esta formación, de modo que han hecho todo lo posible para destruirla.

Ya lo observaba San Pío X, cuando en 1907 condenó el "modernismo" por la Encíclica *Pascendi*: "Tres son principalmente las cosas que tienen por contrarias a sus conatos: el método escolástico de filosofar; la autoridad de los Padres y tradición; el magisterio de la Iglesia".

Por esta razón, sigue diciendo S. Pío X, dirigen ahí sus ataques: "Contra ellas dirigen sus más violentos ataques. Por esto ridiculizan generalmente y desprecian la filosofía y teología escolástica, y ya hagan esto por ignorancia o por miedo, o, lo que es más cierto, por

ambas razones, es cosa averiguada que el deseo de novedades va siempre unido con el oído del método escolástico y no hay otro más claro indicio de que uno empiece a inclinarse a la doctrina del modernismo, que el comenzar a aborrecer el método escolástico" (5).

La descendencia del "modernismo" es el "progresismo" actual; pero el modernismo fue atajado con severidad por San Pío X, mientras se refugiaba en la clandestinidad, de la que ha salido en nuestros días con el nombre de progresismo, para conseguir de momento que efectivamente se borrara de muchos Seminarios, tanto diocesanos, como de regulares, el "método escolástico de filosofar". En un segundo paso han saltado desde el método de la Filosofía, a la Filosofía misma. Uteriormente, desde esta puerta abierta han atacado la Teología y por fin la fe.

Para alegar pretextos con que defender su actitud, algunos han alegado el Concilio Vaticano II; pero es enteramente falso que les favorezca, como puede comprobar quien lea detenidamente el decreto *Optatam* del 28 de octubre de 1965, en el cual lo que se pretende es que se evite la disposición de aquellos que a veces procedían como si su actitud recta de fidelidad, ya les bastase para no trabajar gran cosa y para estar al margen de los avances de la ciencia. Quien dude de ello, vea algunos libros de texto que circulaban a principios de siglo. Esto lo quiere evitar el Concilio: hemos de trabajar, hemos de estar al corriente en la información, hemos de perfeccionarnos en lo que es realmente perfectible. Pero una cosa es buscar un verdadero perfeccionamiento y otra cosa totalmente distinta es una claudicación pueril, infundada, por el mito de que "todos lo dicen", o "es lo que se dice", que es lo que por desgracia muchos han hecho.

Adviértase que el mismo texto *Optatam* a que ahora he aludido, cita en nota como fuente suya en que se inspira, la Encíclica *Humani Generis* de Pío XII, que es cabalmente la antítesis del progresismo (6). De todos es sabido que ha habido algunos Seminarios en los cuales se ha descendido tanto en esta sucesiva claudicación, que han llegado de hecho (aunque a veces no se diga con las palabras) a reducir toda la Filosofía a una mera exposición histórica o Historia de la Filosofía: "dicen esto, dicen aquello, dicen lo otro". Bueno, pero "¿Vd. qué dice?" ¡Ah! ¡nada! Es más elegante quedarse en un escepticismo. Pues bien, contra esta actitud degenerada y pobre, el decreto del Vaticano II está muy claro, porque por una parte insiste en que se estudie la historia de la filosofía (como no puede ser menos) pero en conexión con la verdad: "la historia de la filosofía ha de enseñarse de forma que los alumnos, a la vez que conocen los últimos principios de los diversos sistemas, retengan cuanto hay de probadamente verdadero en ellos y puedan descubrir y refutar las raíces de los errores" (7). De igual modo es sumamente estimable lo que recomiendan a continuación sobre el "método de enseñanza".

Por desgracia en algunos sitios han hecho tan poco

caso de todo esto, que el Cardenal G. Garrone, como Prefecto de la Congregación para la enseñanza católica escribió a todos los obispos el 20 de enero de 1972 sobre la enseñanza de la Filosofía en los Seminarios. Es conveniente leer con detención este interesante documento en que se trata de "la necesidad de la filosofía para los futuros sacerdotes" y también de las "Líneas directivas para la enseñanza de la filosofía". En este documento se afirma: "en este sentido están plenamente justificadas y permanecen siempre valederas las repetidas recomendaciones de la Iglesia sobre la Filosofía de Santo Tomás, en la cual aquellos primeros principios de verdad natural son neta y orgánicamente enunciados y armonizados con la Revelación".

En resumen: la formación de un hombre que ha de exponer la Fe y ha de saber defenderla contra los errores e impugnaciones, requiere que tenga formación teológica requiere a su vez que tenga formación de hombre, que se adquiere cuando se estudia la Filosofía, no con directivas perversas, sino con directivas profundamente humanas y divinas; con un método que da a la mente humana un hábito de equilibrio, ponderación, de afán de verdad y objetividad, como es el método que constantemente ha mantenido y alabado la Iglesia para la formación de sus futuros sacerdotes.

Si éstas son las líneas supremas que cabe señalar cuando se habla de la formación filosófica del sacerdote, correrán paralelas a ellas las de su formación teológica, pero con carácter todavía más apremiante, porque esta última es mucho más importante para el sacerdote y porque en ella ha habido muchas desviaciones.

En otra ocasión hice notar qué gran influencia ha tenido en estas desviaciones, el fallo en lo filosófico (8); tanto que ha sido como el camino para empeñarse en interpretar los datos de la Revelación con un molde "naturalista" (en que lo sobrenatural queda destruido o tergiversado), con un molde "antropocéntrico" o subjetivista (en que el hombre pasa a ser creador de la Moral y de la Fe), con un molde "relativista" (en que se hace evolucionar el contenido de la Fe, lo cual equivale a negarla): son los tres pecados capitales de la intelectualidad de hoy.

Me decía en cierta ocasión un profesor de Facultad eclesialística, muy inclinado a novedades: "¿por qué no podemos hacer en el siglo xx lo que hizo Sto. Tomás en el xiii? Él tomó la Filosofía de Aristóteles y la bautizó, como había hecho San Agustín con Platón: ¿por qué no podemos hacer nosotros lo mismo con la Filosofía que ha seguido después de Kant, Hegel?" Mi respuesta fue muy clara: "no; no se puede hacer: porque la Filosofía aristotélica-platónica era esencialmente *teocéntrica*; por tanto podía corregirse en algunas cosas, podía ampliarse en otras, podía perfeccionarse en las demás; y así ofrecía una base para expresar la Revelación y la Teología que la estudia; pero esta otra clase de Filosofía es esencialmente *antropocéntrica*, lo cual es la antítesis de la Revelación cristiana, que nos viene de Dios, no del hombre;

querer fundar la Fe o la Teología en una base subjetivista, es precisamente lo que acarreó la apostasía del Modernismo en 1907, el fenómeno de la Teología Nueva en 1950 y el del Progresismo en 1965”.

La Iglesia, que custodia la Fe, no puede ligarse a cualquier sistema filosófico por la razón de que está de moda y que así como hoy aparece, mañana desaparece. Así lo expresó Pío XII en su Encíclica *Humani Generis* del 12 de agosto de 1950: “No creen absurdo, antes lo creen necesario del todo, el que la teología, según los diversos sistemas filosóficos que en el curso del tiempo le sirven de instrumento, vaya sustituyendo los antiguos conceptos por otros nuevos, de tal suerte que con fórmulas diversas y hasta cierto punto aun opuestas —equivalentes, dicen ellos— expongan a la manera humana aquellas verdades divinas. Añaden que la historia de los dogmas consisten en exponer las varias formas que sucesivamente ha ido tomando la verdad revelada, según las diversas doctrinas y opiniones que a través de los siglos han ido apareciendo. Por lo dicho es evidente que estas tendencias no sólo conducen al llamado *relativismo dogmático*, sino que ya de hecho lo contienen; pues el desprecio de la doctrina tradicional y de su terminología favorecen demasiado a ese relativismo y lo fomentan. Nadie ignora que los términos empleados, así en la enseñanza de la teología como por el mismo Magisterio de la Iglesia para expresar tales conceptos, pueden ser perfeccionados y precisados; y sabido es, además, que la Iglesia no siempre ha sido constante en el uso de aquellos mismos términos. También es evidente que la Iglesia no puede ligarse a ningún efímero sistema filosófico; pero las nociones y los términos que los doctores católicos, con general aprobación, han ido reuniendo durante varios siglos para llegar a obtener algún conocimiento del dogma, no se fundan, ciertamente, en cimientos tan deleznales” (9).

Por esto se ha venido a parar a tanta claudicación en la Fe, como hoy observamos en el pueblo: un fallo de la tensión del voltaje en la fábrica eléctrica se traduce en un apagón de luz en las casas de la ciudad. Estas consecuencias, que manifiesta juntamente con normas prácticas muy interesantes, son formuladas así por Pío XII: “Es, pues, de suma imprudencia el abandonar o rechazar o privar de su valor tantas y tan importantes nociones y expresiones que hombres de ingenio y santidad no comunes, bajo la vigilancia del sagrado Magisterio y con la luz y guía del Espíritu Santo, han concebido, expresado y perfeccionado —con un trabajo de siglos— para expresar las verdades de la fe, cada vez con mayor exactitud, y suma imprudencia es sustituirlas con nociones hipotéticas o expresiones fluctuantes y vagas de la nueva filosofía, que, como las hierbas del campo, hoy existen y mañana caerán secas; aún más, ello convertiría el mismo dogma en una caña agitada por el viento. Además de que el desprecio de los términos y nociones que suelen emplear los teólogos escolásticos conducen forzosamente a debilitar la teología llamada

especulativa, la cual, según ellos, carece de verdadera certeza, en cuanto que se funda en razones teológicas” (10). Adviértase con qué precisión señala el Santo Padre en este texto esta especie de escepticismo práctico, que es la atmósfera en que se mueven hoy por desgracia no pocos teólogos. Por esto precisamente —podemos añadir de nuestra parte—, se observará que muy poco han producido que nos haga conocer más profundamente, más orgánica y sistemáticamente, las verdades de la Fe, a pesar de tantos torrentes de tinta, revistas y asambleas. Todo se les va en crítica, en supresión, en duda; poco en una más profunda y rica expresión de la palabra de Dios.

La formación teológica ha de consistir en una disposición diametralmente opuesta a los yerros que ha denunciado San Pío X en su *Pascendi*, Pío XII en su *Humani Generis* y añadamos también, el Vaticano II en las Constituciones, Decretos y Declaraciones, como asimismo Pablo VI en cuestiones muy decisivas, como fue la proclamación el 30 de junio de 1968 de su *Credo del pueblo de Dios*, además de otros muchos documentos. No se diga que el Concilio o que Pablo VI no han hablado como Pío X; porque tampoco habla de igual modo San Lucas en su Evangelio y San Juan en el Apocalipsis, hasta perteneciendo ambos a la misma Fe. Una cosa es que el acento, en lo que de humano hay en la selección y expresión, se atenga cada uno a lo que más conviene en cada circunstancia y otra cosa es el contenido que ya de un modo, ya de otro; ya con mayor, ya con menor insistencia, se quiere expresar.

Quien hoy día quiera permanecer fiel y firme en la senda de la Verdad que el Señor ha manifestado para que quien quiera salvarse pueda salvarse, ha de estar dispuesto a no dejarse impresionar por la gritería de los mitos de hoy día. En tiempos en que tanto se habla de “demitificación”, están los hombres más que nunca bajo el influjo de los mitos que ellos mismos se han formado. Uno de estos mitos es: “lo que todos dicen”, “lo que hoy se dice”. En cambio parecen haber perdido el “sentido de la Iglesia”; quieren introducir una especie de neo-protestantismo; y por ello, sin el “sentido de obediencia al Magisterio” de la Iglesia, caen víctimas de la disgregación y desintegración que presenciamos.

Está, pues, bien clara cuál ha de ser la actitud del seminarista, hoy, según el llamamiento divino: permanecer fiel. Así como San Ignacio en tiempos en que bajo capa de “humanismo” se infiltraba el “protestantismo” escribió aquellas *reglas para sentir con la Iglesia*, que son la antítesis del protestantismo que pretendía destruir a la Iglesia Católica, también hoy, como él, no hemos de tener miedo por una parte a aceptar aquello que es una verdadera adquisición y perfeccionamiento conforme con el Espíritu de Dios, según nos diga el Santo Padre y el Magisterio de la Iglesia; pero no hemos de permitir que bajo capa de “estar al día” o “ponerse al día” en realidad nos quieran poner en rebelión contra Dios. Esta actitud requiere humildad, requiere sumisión, sí; pero es la actitud que pide Dios. Ésta es también la actitud que ha de

inspirar fundamentalmente los estudios de Teología en el Seminario.

Para terminar esta declaración y resumirla, no hallo nada mejor que copiar una frase de San Ignacio, que los progresistas miran con verdadero horror. Naturalmente, porque es radicalmente opuesta a su espíritu. Esta frase de San Ignacio dice así: “Depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y prompto para obedecer en todo a la vera sposa de Christo nuestro Señor, que es la

nuestra sancta madre Iglesia hierárchica”; “debemos siempre tener, para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia hierárchica assi lo determina, creyendo que entre Christo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas, porque por el mismo Spíritu y Señor nuestro, que dio los diez Mandamientos, es regida y gobernada nuestra sancta madre Iglesia” (11).

IV. FORMACIÓN SOBRENATURAL

Así como he insistido en la necesidad de una “formación” buena y profunda, centrada sobre todo en lo filosófico y en lo teológico, para ofrecer el fundamento natural a quien un día haya de ser sacerdote, también se ha de insistir, y mucho más, en algo que le es todavía más necesario: su “formación” sobrenatural.

Muchos imaginan que con sólo “ver”, “entender” una proposición, ya la “poseen”: pero no es lo mismo. Si a un alumno de la escuela de conducción de automóviles se le explica cómo ha de hacer para arrancar, para detener, para acelerar un coche, no basta este conocimiento meramente “enunciativo”, no basta esta “información” para que ya pueda conducir el automóvil y para que podamos sentirnos tranquilos si vamos a su lado. Cuando aquel alumno haya “ejercitado” mucho aquellos conocimientos, entonces se habrá formado en él un hábito: este hábito le dará cierta como naturaleza semejante con el objeto: cierta “connaturalidad”, dice Santo Tomás. El ejercicio de conducir quizá no le dará en cuanto a los conocimientos “multa” (en latín: “muchas cosas”), pero sí “multum” (en latín: “mucho”). Lo que se ha dicho de este caso, puede aplicarse a todo: medicina, cirugía, abogacía, etc.

Pues bien, Santo Tomás toma precisamente un ejemplo para advertir que puede haber una doble “naturaleza”. un doble “hábito”: uno es el hábito *natural*, “adquirido” mediante el ejercicio; otro es el hábito *sobrenatural*, no adquirido por el propio gesto de repetir, sino “infuso” (aunque mediante el ejercicio y con las debidas condiciones, se vaya desarrollando y arraigando). Es decir, aquello que para el conocimiento de las artes y oficios hace un conocimiento de “hábito”, no meramente enunciativo, es lo que para la vida espiritual hace otra clase de “hábito”, el hábito infuso de la gracia, con sus dones del Espíritu Santo. La diferencia que hay entre una manera de conocer que se detenga en lo primero, que es mero “entender”, y lo segundo, que es “poseer”, se ve por los resultados: el primer modo de conocer no da energías, el segundo sí; el primero no hace penetrar en lo hondo de su objeto, el otro, sí; el primer modo de conocer no da descanso o gusto a modo de posesión del objeto, el segundo da como cierta “contemplación” o cierta “intuición”.

Lo que hemos dicho a propósito del “conocer”, dígame

proporcionalmente a propósito del “querer”. Hay una diferencia muy grande entre aquel querer que es meramente el resultado de una elección y aquel otro modo de querer que es la expresión de un hábito, apego profundo o amor. Supongamos que un joven vicioso toma una determinación que es meramente “electiva”: “elige” no volver a pecar. Probablemente dudaremos que persevere en su determinación. Pero supongamos ahora que no sólo elige esto sino que ha llegado en su querer, hasta el “odio”; el hábito se ha transformado tan hondo en el apego a lo opuesto, que odia aquello y en consecuencia no quiere volver. En este caso pensaremos que durará.

Esto es lo que puede decirse de la “formación” sobrenatural: lo que da temple al espíritu no es un mero abanicarse de sentimientos, ni de solas impresiones; lo que le da temple es esta formación honda, que penetra hasta las raíces.

Por esta razón son tan eficaces los Ejercicios Espirituales bien hechos. Se llaman “Ejercicios” precisamente porque en ellos el hombre “se ejercita” (12); adquiere así un conocimiento “interno” de Jesucristo, de las verdades de la Fe, de toda la vida espiritual; y este conocimiento es el que es “de más gusto y fruto espiritual” que el que se tiene después de *oír* pasivamente un sermón sin haber *orado*: “porque no el mucho saber harta y satisface al ánimo, mas el sentir y gustar de las cosas internamente” (13). Los Ejercicios Espirituales bien hechos, dan honda formación y dejan por ello una huella profunda en el alma, como ya expuse en otras ocasiones en escritos a los que me remito (14).

Ahí tocamos la raíz que explica por qué hay casos de apostasía; casos de defección; casos en que la persona se encuentra sin fuerzas, como anémica espiritualmente. Y al revés, por qué razón hay casos en los que vemos a una persona que parece tener una fuente de energía en su interior, algo que la hace insensible al cansancio, a los contratiempos, a las dificultades. ¿Dónde está la raíz de todo ello?

La raíz y explicación de todo ello está en que haya llegado a formarse o no haya llegado a formarse, esta disposición profunda; este arraigo del hábito sobrenatural con todos los naturales concomitantes; esta formación de que hablamos. A veces oímos algunos que dicen: “tal sacerdote falló porque una joven lo buscó con insisten-

cia"; o bien "porque tal trabajo era sobre sus fuerzas", etc. Decir esto es confundir la ocasión con la causa. Esto y otras cosas pueden haber sido ocasión; pero el que explica bien los hechos no se detiene ahí: va a la causa. ¿Por qué fulano cayó y se rompió un hueso? ¿porque era de noche y no había luz? Desde luego fue una ocasión de la rotura del hueso; pero la causa fue el golpe de la caída al tropezar con una piedra. No hay que detenerse en ocasiones superficiales.

San Pío X el 4 de agosto de 1908, al cumplir cincuenta años de su ordenación sacerdotal, publicó un documento magnífico titulado *Exhortación al clero católico*. Es una lástima que estos textos maravillosos no se reediten y repartan, sino que queden durmiendo en los anaqueles de las bibliotecas. Todo lo que hay ahí es magnífico; pero ya que no puedo reproducirlo todo, me limitaré a un párrafo en que aunque con palabras distintas alude de hecho a lo que decíamos ahora. Dice así: "Conviénele al sacerdote adquirir cierta facilidad de elevarse a las cosas celestiales, y en ellas estribar, ya que debe tener su gusto en las cosas de Dios, enseñarlas y aconsejar con ahínco su cumplimiento; y de tal manera ordenar su vida sobre las cosas humanas, que todo lo que hace según su cargo, lo haga según Dios, guiado y movido por la Fe. Ahora bien, que esta disposición del ánimo, esta unión como espontánea del alma con Dios, se produce y conserva principalmente con el auxilio de la meditación cotidiana, cosa es tan clara al que piense un poco, que no es necesario detenernos más en su explicación. Confirmación de todo esto, aunque bien triste, podemos hallar en la

vida de aquellos sacerdotes que, o hacen poco caso de la meditación de las verdades eternas o la miran con enfado. Verás esos hombres en quienes ha languidecido el importantísimo bien del sentir de Cristo dados completamente a las cosas de la tierra, pretendiendo cosas vanas, hablando fútiles palabras y tratando las cosas santas negligente, fría, indignamente quizá" (15).

También el Concilio Vaticano II ha encarecido la necesidad de la formación espiritual en el futuro sacerdote: "La formación espiritual está estrechamente unida a la doctrina y pastoral, y, con la colaboración sobre todo del director espiritual, debe darse de tal forma que los alumnos aprendan a vivir en trato familiar y asiduo con el Padre por su Hijo Jesucristo en el Espíritu Santo. Habiendo de configurarse a Cristo Sacerdote por la sagrada ordenación, *habitúense a unirse a Él como amigos, con el consorcio interno de toda su vida*" (16).

¡Qué bien están estas palabras! *Intima totius vitae consortione, ut amici, Ei adhaerere assuescant*; "Por una íntima comunicación de toda la vida, acostúmbrense a unirse a Él como amigos". Este es el resorte oculto que da temple, multiplica energías, da gozo y felicidad. El sacerdote que vive para "un gran amor", éste es el que no tiene necesidad de hambrear en diversiones frívolas o mundanas el descanso de su corazón; no tiene necesidad de amistades pegajosas. Hallará el reposo y el descanso que necesita, de una manera muy diversa, que le hará "hombre de Dios" (17), y como verdadero apóstol, dejará a su paso un aroma divino de amor al Señor, hasta sin darse a veces explícitamente cuenta de ello.

V. CONCLUSIÓN

En cierta ocasión el P. Wladimiro Ledóchowski, que era entonces Prepósito General de la Compañía de Jesús, escribía a los jóvenes jesuitas sobre su formación. Casi de paso, dejo consignado este pensamiento que me impresionó tanto al leerlo, que no olvidaré más: dijo: "los grandes caracteres se forman en el sufrimiento y en el silencio".

Es exacto y es como la antítesis de lo que vemos en el ambiente de hoy día. Claro está que quien se prepara al sacerdocio ha de conocer el ambiente en que se moverá después, sus fallos, sus buenas cualidades, los recursos con que podrá influir sobre él. Pero una cosa es que se procure este conocimiento medido y oportuno, volviendo a sus tiempos al silencio (según recomendaba Pablo VI a los religiosos). He aquí algunas de sus palabras "La búsqueda de la intimidad con Dios lleva consigo la necesidad verdaderamente vital de un silencio de todo el ser, ya sea para quienes deben encontrar a Dios incluso en medio del estruendo, ya sea para los contemplativos" (18). Como hace el buceador que a sus tiempos procura acopio de oxígeno y de compresión para permanecer después algún tiempo en lo hondo del mar, también el apóstol necesita hacer de cuando en cuando este acopio de vida divina, para poder después echarse como apóstol

en medio de Imundo. Sólo así podrá "estar en el mundo", sin "ser del mundo".

En este silencio comprenderá el sentido del sacrificio y se le hará no sólo llevadero, sino sabroso, porque penetrará en el sentido de las palabras del Señor: "si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto" (Juan, 12, 14). ¿Por qué hay tan poco fruto en medio de tantos diálogos, conferencias, asambleas, ponencias y planificaciones? ¿no será porque el grano de trigo que no ha muerto no puede fructificar? Indudablemente para encender un cirio apagado me es preciso que acerque a él otro cirio. Acercarlo, acomodarse, compenetrarse... Pero si después de acercarlo queda apagado el primero, ¿no será porque el segundo también estaba apagado? Francisco Suárez hablando de las *faculae* o teas medievales que alumbraban las esquinas de las calles, dice: *necesse est primum ut in se ardeat ad hoc ut aliis luceat*; "es preciso que primero arda, para que de a los otros luz".

¿No será ésta la raíz fundamental de los problemas que se han planteado con agudeza en nuestros años a propósito del sacerdocio; y no estará ahí también la raíz para conseguir su futura grandeza y expansión?